

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

REZA ANTES DE MORIR

Silver Kane



—*¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Alto!*

Debía estar escrito que aquél iba a ser un día muy agitado en la prisión de Sing Sing. Los condenados a muerte que paseaban a horas fijas por el patio, y siempre separados de los otros, avanzaban como un rebaño por el patio inhóspito, bajo la amenaza de los rifles de los guardianes.

—*¡De frente! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Media vuelta!*

Aquello no era un paseo, sino un verdadero ejercicio de instrucción. Los reclusos estaban rabiosos porque sabían que aquello era un verdadero castigo a causa de la última rebelión que habían organizado en los comedores. Bajo el intenso frío de enero, rechinaban sus dientes.



Silver Kane

Reza antes de morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1412

ePub r1.0

Lds 15.11.18

Título original: *Reza antes de morir*

Silver Kane, 1977

Cubierta: Enrique Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—*¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Alto!*

Debía estar escrito que aquél iba a ser un día muy agitado en la prisión de Sing Sing. Los condenados a muerte que paseaban a horas fijas por el patio, y siempre separados de los otros, avanzaban como un rebaño por el patio inhóspito, bajo la amenaza de los rifles de los guardianes.

—*¡De frente! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Media vuelta!*

Aquello no era un paseo, sino un verdadero ejercicio de instrucción. Los reclusos estaban rabiosos porque sabían que aquello era un verdadero castigo a causa de la última rebelión que habían organizado en los comedores. Bajo el intenso frío de enero, rechinaban sus dientes.

—*¡Vamos! ¡Que parecéis una pandilla de maricas! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! Paso ligero... ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Vosotros, más aprisa!*

La doble columna de dieciséis hombres envueltos en sus chaquetones iba dando vueltas cada vez más corta, más estrechas. Formaban como un anillo que se iba cerrando progresivamente en torno al guardián-jefe que daba las órdenes, el cual estaba sin armas, en el centro del patio.

—*¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos!*

De pronto aquel hombre empezó a sudar, a pesar del intenso frío que bajaba desde el cielo neoyorquino. Se daba cuenta de que el anillo formado por aquellos hombres en marcha se iba cerrando cada vez más, se daba cuenta de que pronto pasarían casi rozándose, y en tal caso, se podía apostar diez contra uno a que era hombre muerto. Pese a todas las vigilancias, pese a todos los controles, siempre habría alguien con un cuchillo de fabricación

casera, y aquel cuchillo le atravesaría el corazón en fracciones de segundo. No podía olvidar que los hombres que corrían en círculo, alrededor suyo, eran los peores asesinos de los Estados Unidos, los irrecuperables, los que habían llegado a un verdadero arte en el estilo de matar.

Y luego nunca llegarían a aclararse las responsabilidades. No llegaría a saberse jamás, quién manejó el cuchillo. Y aunque las cosas se aclararan, ¿qué importaba? Ningún castigo más podía llegarles a aquellos tipos que estaban condenados a cadena perpetua y a los que la propia ley impedía ejecutar, por estar en suspenso la pena de muerte. Además, eso tampoco le arreglaba las cosas al guardián-jefe, puesto que el guardián-jefe, por entonces, ya estaría bajo cinco palmos de tierra.

Gritó de pronto:

—¡Altooo! ¡Rompan filas!

Los presos se disgregaron.

Formaron pequeños grupos.

Allí estaba la peor escoria de la Unión.

Allí estaba Coney, que mató a toda una familia a tiros de rifle, para robar cincuenta dólares.

Allí estaba Clarkson, que ahogó en la bañera a la madre de treinta años, para violar a la hija de doce.

Allí estaba Nolan, que secuestró a una chiquilla, cobró el rescate y luego la estranguló.

Allí estaba Famechon, quien durante seis semanas violó y asesinó a una niña cada sábado.

Y no se les podía matar.

La ley les protegía.

La pena de muerte estaba en suspenso en los Estados Unidos, pese a la ejecución, por fusilamiento, de aquel loco llamado Gilmore, y, sin embargo, todos los guardianes de Sing Sing sabían una cosa... ¡todos aquellos detritus de la Humanidad seguían pensando la única cosa que habían pensado en sus vidas! ¡Sólo seguían pensando en matar!

Por eso al guardián-jefe le aterraba tenerlos libres en el patio, aunque fuese bajo la vigilancia de las metralletas que les apuntaban desde los pisos superiores. Sabía bien que, a la hora de la verdad, y aunque a él le apuñalaran cien veces, las metralletas no se

atreverían a disparar por miedo a los titulares de prensa. Ya los estaba viendo en su imaginación: ¡LOS GUARDIANES MASACRAN A LOS PRESOS EN LA CARCEL DE SING... SING!

—¡Formen grupos! —gritó—. ¡Tenéis cinco minutos de paseo libre!

Y se dirigió hacia la puerta.

Fue entonces cuando lo vio.

Al principio no notó la menor cosa anormal, no se dio cuenta de nada.

Durante dos semanas, aquel hombre había llevado la garrafita de agua destilada para los acumuladores del equipo eléctrico de emergencia del patio. Había que cuidarlos bien, y Doyman se ocupaba de eso. Transportaba, siempre a la misma hora, el recipiente de cristal con el agua, atravesaba el patio y se metía en el cuarto de los transformadores, bajo la vigilancia de un guardián. Ahora hizo lo mismo, pero el guardián-jefe nunca pudo imaginar que el recipiente no contenía esta vez agua, sino ácido Sulfúrico.

Tampoco pudo imaginar lo que ocurriría a continuación, unos segundos más tarde.

Doyman avanzó tranquilamente.

Se acercó a Patterson, que estaba cerca de la puerta del equipo eléctrico. Se detuvo un momento como si fuese a decirle algo.

Y de repente, la pesadilla.

Aquella horrible sensación de vértigo, de cosa que no estaba sucediendo en la realidad, sino en el mundo de los sueños.

Doyman alzó la garrafa con un movimiento instantáneo.

La estrelló contra la cabeza de Patterson.

Y lo que ocurrió a partir de entonces, fue algo capaz de ponerle los pelos de punta a un muerto.

Se oyó aquel alarido espantoso.

Aquel grito mortal, que llegaba desde el fondo más lacerante del dolor humano.

La cara de Patterson se había puesto a arder.

El humo espantoso brotaba del fondo de su boca y de su garganta.

Los ojos se le habían abrasado.

El líquido infernal, al resbalar por el resto de su cuerpo, hacía que todo éste se abrasara.

¡Era como si lo estuviesen quemando vivo!

Todos los presos se pusieron a aullar. Patterson se estrelló contra las paredes una tras otra, mientras sus manos arañaban patéticamente el aire. Los guardianes del piso superior dispararon unas cuantas ráfagas, en un vano intento para mantener el orden, pero sin herir a nadie.

Patterson aullaba en el centro del patio.

Tenía las manos apretadas contra la cara, pero las manos se le estaban abrasando también. Para él fue una liberación perder el sentido, mientras Doyman no se movía de allí, en parte porque no podía huir y, en parte, porque sabía que tampoco iba a ocurrirle nada grave.

Dos guardianes cayeron como lobos sobre él:

—¡Tú, adentro!

—¡Ése, a la enfermería!

Doyman fue trasladado a una celda de seguridad sin que hiciera ninguna clase de resistencia. Inmediatamente se dio cuenta de los hechos al alcaide de Sing Sing.

—*¡Patterson ha sido abrasado! ¡Lo ha hecho Doyman! ¡Patterson ha sido abrasado! ¡Está en la enfermería!*

Las teclas de los teletipos interiores saltaban frenéticas como si las máquinas fueran a saltar. Las sirenas aullaron. Todos los guardianes corrieron a sus puestos, mientras las visitas eran canceladas.

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡ALARMA!

Los coches patrulla fueron a sus puestos. Los puestos exteriores fueron colocados bajo el régimen de alerta roja. Todos los hombres que paseaban por los patios interiores fueron conducidos a las celdas a golpe de culata.

Un alcaide, con los nervios tensos y que parecía estar envejeciendo minuto a minuto, fue el que se presentó en el despacho, poco después. Cuando le informaron de lo sucedido se dio cuenta inmediatamente de cuál era la raíz de todo aquello.

Lanzó una maldición.

—¿No es cierto que ya habíamos recibido la orden de excarcelación para que Patterson fuera a declarar en contra de Sliman? —barbotó.

—Sí, señor —dijo el secretario—. Era testigo de cargo.

—Y ahora está ciego. Ahora no podrá ni siquiera reconocer al acusado...

El alcaide sintió como si los nervios se le rompieran uno a uno, igual que briznas de paja.

—Ha sido un golpe bien preparado... —balbució—. Los bajos fondos de Nueva York no podían consentir que Patterson hablara... Va a quedar ciego irremediablemente. Va a quedar ciego... ¡CIEGO!

El timbre del teléfono se puso, entonces, a sonar como si una cosa más hubiera enloquecido dentro del mundo siniestro del penal. El alcalde rugió:

—¡Diga!

—Patterson va a morir, señor —le informaron desde la enfermería.

—¿Por qué? ¡Malditos! ¿Es que no pueden hacer nada? ¿NADA?

La voz llegó opaca, indiferente, como si atravesara varios muros de niebla.

—Nada, señor. Está abrasado por completo, y la infección no vamos a poder evitarla. Cuelgo.

Sonó un chasquido. El alcaide hizo girar sus ojos como un alucinado. De pronto se encontró al otro lado de la mesa con los ojos de Sliman, que era su asesor legal.

Sliman tenía fama de inflexible.

Pero la ley también lo es.

No se puede ir contra la ley cuando la ley, en lugar de castigar, perdona.

—¿Qué podemos hacer contra Doyman? —farfulló el alcaide de Sing Sing—. Está condenado a muerte pero no se le puede ejecutar. Dime..., ¿qué hacer con él?

Sliman susurró:

—Una celda de castigo.

—Las celdas de castigo ya no son lo que eran. Con el chorro de dólares que le han prometido a Doyman por lo que ha hecho, podrá sobornar a los guardianes y tendrá alimentos especiales e incluso revistas. No sería tampoco la primera vez que a un tipo de esa clase le llevan un muchacho novato por las noches para que haga lo que quiera con él. Los guardianes están tan corrompidos como los presos, pero lo peor es que no puedo cambiarlos. ¡Y con la cochina ley del silencio que impera aquí, tampoco puedo probar nada!

Sliman dijo, entonces:

—Quizá vas a asombrarte, Richard, pero te recuerdo una cosa: cuando reformamos los cimientos del ala oeste de Sing Sing, quedó un hueco entre las pilastras de contención que es un verdadero nicho. Se parece a las *oubliettes*^[1] de los reyes de Francia, cuando aún existía la Bastilla. Una habitación de dos metros por dos, con servicio de evacuación de aguas, pero sin luz, que se puede cerrar herméticamente y de la que nadie conseguirá jamás huir. Mételo allí... Sé que no es reglamentario, pero nadie va a protestar, tampoco. Haz que reviente...

El alcaide palideció:

—¿Qué pretendes, Sliman?

—Sólo una cosa: que acabe volviéndose tan ciego como Patterson lo está ahora. Que reviente PERO SIN MORIR.

Richard Fairbanks, la máxima autoridad de Sing Sing, miró a su consejero legal. Otra vez le pareció que la voz llegaba desde más allá de espesos muros de niebla.

—Hazlo, Richard. O les demuestras que tú también eres capaz de todo, o esto se te irá de las manos sin remedio.

—Lo haré —musitó el alcaide, apretando los puños férreamente—. No puedo cumplir la orden de ejecución sobre ese monstruo, pero aún será peor para él. Ocúpate de todos los detalles, Sliman. Yo firmaré la orden.

Y cerró un momento los ojos.

No tenía valor para pensar en aquello, con la suficiente atención.

No era capaz de darse cuenta de que aquello era solamente el principio.

CAPÍTULO II

La muchacha abrió la puerta del edificio de tres plantas, situado frente al lado norte de Central Park, y penetró con paso pausado en el gran vestíbulo, aspirando el silencio. De una forma maquinal leyó la inscripción que parecía flotar en la parte superior de las escaleras y que decía: EL TRABAJO Y EL ESTUDIO SON EL ORIGEN DE LA VIRTUD. Luego dirigió una mirada casi aburrida a los muebles sólidos y algo antiguos, que conocía demasiado bien, y siguió adelante.

La residencia estudiantil, donde sólo habitaban doce alumnos de escuelas especiales, estaba vacía, aquella tarde de domingo. Hasta los tres sirvientes y el director se habían ido fuera. Un sol tibio penetraba por los grandes ventanales, mientras las inacabables hileras de libros alineados en la biblioteca, parecían enviar, a través del espacio, un aire espeso y hostil.

Llegó a su dormitorio.

Debía preparar unos trabajos para el día siguiente, y a pesar de ser su cumpleaños prefería estar sola. Hoy cumplía diecisiete. Respirando aquel silencio hostil que parecía flotar entre las paredes como una cosa espesa, fue a su dormitorio.

No sabía por qué, pero le daba miedo aquella residencia.

Demasiado antigua, demasiado lóbrega. Enclavada en la Octava Avenida, en una zona vieja de Nueva York, rodeada como por milagro de un pequeño jardín que no se podía edificar, pero siempre envuelta en sombras y en misterios que nadie acertaba a comprender.

«Es un lugar tranquilo para estudiar», le habían dicho sus padres.

¿Tranquilo? Sí, evidentemente lo era, pero eso no impedía que la muchacha tuviera miedo, un miedo cervical e inexplicable que a

veces le llegaba hasta el fondo de las entrañas.

Y ahora la sensación de soledad la ahogaba.

Lamentó haber venido allí sabiendo que no había nadie.

Entró en su cuarto.

Y entonces todo empezó.

Fue como una horrible pesadilla.

La hoja de la navaja casi se le clavó en el cuello.

—¡Sujétala, Bill!

Los vio confusamente.

Fue como una alucinación.

Los dos ya estaban desnudos, esperándola.

Caras ansiosas, ojos saltones, manos ávidas. Mitad monos, mitad hombres, que habían surgido de los pozos más negros de Nueva York. *Ciudadanos* protegidos por la ley mientras no se demostrara lo contrario, y que habían decidido tomarla a la fuerza, puesto que ella era su presa.

—¡Cuidado, Mac!

—¡La ventana!

Le cortaron el camino cuando ella iba a lanzarse por allí. Los dos la abrazaron frenéticamente y la hicieron rodar por la cama. Anna chilló con todas sus fuerzas, con toda su alma, pero sabía que en el edificio vacío nadie iba a oírla.

—¡Sujétala!

—¡Calla, maldita!

Dos terribles golpes en la boca la silenciaron, de momento. Anna intentó entonces saltar desesperadamente de cabeza contra la puerta, pero tampoco pudo. Los dos la habían sujetado a la vez y con todas sus fuerzas la arrastraban hasta la cama, lenta e inflexiblemente.

—Rómpele la falda.

—¡Así!

Otro chillido de angustia.

Otro golpe.

—¡Así!

—¡Ahora, Mac! ¡Ahora!

El alarido repercutió en todas las paredes de la casa, pero inútilmente. Anna se desmayó cuando el primero terminaba y se disponía a empezar el otro.

No se dio cuenta, por lo tanto, de que pasaba ya para siempre al Valle de las Lágrimas Eternas.

No llegó a oír las voces cuchicheantes, miserables, cuando los dos estaban saciados.

—¿Quién lo hace?

—Degüéllala tú.

—¡Idiota, a los dos nos han pagado para esto! ¡Uno solo no se puede comprometer!

—De acuerdo, pero hay que vestirse primero. Luego tendremos que huir a toda prisa.

—¡Hala, arreando!

—Preciosa, ¿eh?

—Lo mejor de mi vida.

—¡Toma!

Sólo uno de ellos era portador de los cuchillos. Éstos brillaron a la luz en un instante fatídico.

—¡Así!

—¡Otro!

La muchacha se estremeció cuando las dos hojas de acero llegaron a segar su cuello, pero es posible que no sintiera dolor. Un torrente de sangre saltó sobre la almohada. Los dos asesinos tuvieron, durante algunos segundos, un movimiento de pavor.

—¡Vamos!

—¡Nos hemos entretenido demasiado! ¡Aprisa!

Corrieron hacia la salida, abrieron la puerta y se dispusieron a abandonar la casa andando, sin llamar a atención, como dos personas normales que salieran de visita, pero justo en aquel momento se detuvieron dos coches ante la puerta. Eran viejos cacharros de segunda mano en los que los estudiantes que residían allí volvían, antes de tiempo, de presenciar parte de un partido de *rugby* que en el segundo tiempo, al ser invadido el terreno de juego, se había suspendido. Los asesinos casi tropezaron con ellos.

Pero se mantuvieron serenos.

Por un momento tuvieron los nervios tan tensos que hasta se les crisparon las gargantas, impidiéndoles respirar.

Pero Mac logró balbucir:

—Como si no hubiera pasado nada. Vamos.

Se alejaron tranquilamente, sintiendo a sus espaldas las miradas

de los estudiantes. Uno de ellos murmuró:

—¿Creéis que son ladrones?

—No, no llevan nada.

—¿Pues a qué han venido, aquí?

—Quizá de visita.

—¡Si no hay nadie!

—Por eso, precisamente, debían marcharse.

—Oye... ¿Visitas de esa clase? No, hombre, no... ¡Si tienen cara de hijos de perra!

—Eso te lo parece a ti. El caso es que no se llevan nada. ¡Hala, vamos!

Todos entraron en la casa, incluso la ciega a la que tenían que ayudar, porque tropezaba, a veces. Subieron en tropel al dormitorio de Anna porque, en el caso de que estuviera allí, querían felicitarla.

Y entonces la vieron. La vieron todos menos la ciega, que, sin embargo, pareció notar aquella especie de espasmo en el aire. También ella chilló.

Distinguieron a Anna desnuda.

Bañada en sangre.

Con unos ojos inmóviles donde aún se reflejaba la última lucecita de horror.

Eso sucedió un mes después de que un hombre fuera enterrado vivo entre los cimientos de la prisión de Sing Sing, para que se fuera volviendo ciego lentamente. Ése fue el segundo paso.

Pero aún nadie lo sabía.

CAPÍTULO III

¡BRAC! ¡BRAC! ¡BRAAAC!

El mecanismo de la máquina funcionaba mal, y cada vez que se corría el carrete producía un chirrido. Kennedy miró al fotógrafo de la policía, que tomaba vistas desde todos los ángulos imaginables, y preguntó con voz que disimulaba una sorda irritación.

—¿Ha terminado?

—Un momento, inspector. Dos primeros planos más.

¡BRAC! ¡BRAAAC!

Lo menos habían obtenido sesenta placas de la pobre Anna. De su cuerpo roto. De sus ojos terriblemente abiertos.

Kennedy salió de aquella habitación. Pese a toda su experiencia, sentía una especie de vértigo. Mientras se cruzaba con su ayudante en la puerta, preguntó:

—¿Qué edad tenía?

—Diecisiete años. Los había cumplido hoy.

—¿Qué estudiaba?

—Física nuclear.

—¿A su edad?

—Primer curso.

Kennedy chascó dos dedos.

—Hoy los jóvenes te dan sorpresas —dijo—. ¿Qué estudian los otros?

—Diversas carreras, desde Filosofía a Arquitectura, pasando por la Química. Ésta es una residencia donde pagan un tanto al mes, los que no han encontrado alojamiento en la misma Universidad. También hay una ciega.

—¿Sí? ¿Y qué estudia?

—Electrónica, pero por el sistema Braille.

Kennedy apretó los labios.

—Los quiero a todos menos a la ciega —dijo, bruscamente.

—¿Qué va a hacer?

—Los archivos.

—¿Qué...?

—¡Los archivos, mierda!

Esta vez el ayudante le entendió. Los quería a todos menos a la ciega para enseñarles las fotos de los que podían haber cometido aquel delito repugnante, para pasarles ante los ojos toda la basura, toda la podredumbre, todo el asco y la náusea de la ciudad que se iba haciendo cada día más siniestra. Quizá, si había suerte, la identificación resultara fácil.

Poco después pudo reunirlos.

En el silencio de la biblioteca donde los libros seguían desprendiendo una atmósfera hostil, Kennedy los miró con sus ojos acerados y terriblemente inexpresivos; aquellos ojos que ni siquiera eran de perro de presa. En determinados momentos, eran de serpiente.

Puso las manos en los bolsillos, y al hacerlo y echar el cuerpo hacia atrás, se marcaron los poderosos músculos de sus hombros.

Los tenía allí, mirándole casi aterrados a excepción de la ciega, que sin embargo, parecía captar misteriosamente su presencia.

Allí estaban sus testigos.

Judith, la que nunca podría ver, la muchacha que, sin embargo, estudiaba ingeniería electrónica porque no quería dejarse vencer por su inferioridad física.

Mina, la morena de curvas ondulantes, con una belleza meridional y dulce, que estudiaba Arte.

Y los hombres que aún no entendían nada; que parecían no haber digerido, aún, aquella escena horrible.

Baxter.

Len.

Russell.

Allan.

Todos los que habían visto huir a los asesinos estaban allí, en la biblioteca. Y de ellos y sólo de ellos dependía que el caso se aclarase o cayese en el olvido eterno, como tantos y tantos asesinatos que se cometen en Nueva York.

—Voy a conducirles a los archivos de la Brigada Metropolitana —dijo Kennedy—. Quizá tengan que trabajar toda la noche, pero es necesario. Les serán mostradas miles de fotografías de hombres que, por sus antecedentes, pudieron haber cometido este execrable crimen. Ustedes, si reconocen alguna de las caras, deben decírmelo inmediatamente, aunque no estén seguros. Un leve indicio basta.

Y les acompañó en dos coches patrulleros. Toda aquella maldita noche estuvieron encerrados en los gigantescos archivos de la Metropolitana, viendo pasar por delante de sus ojos las imágenes de todos los asesinos y violadores fichados en la ciudad. Viendo caras auténticamente inhumanas y viendo otras casi dulces, inocentes, de tipos que en su vida parecían haber espantado una mosca. Pero la verdadera podredumbre de la ciudad estaba también, en aquellas caras, en las fotos numeradas que parecían oler a basura a cien leguas de distancia.

Pero nada.

De toda aquella legión de rostros, de toda aquella montaña de convictos metidos hasta el cuello en la ciénaga, nadie fue reconocido por los testigos. Cuando un lívido y sucio amanecer se extendió por las calles de Nueva York, Kennedy se dio cuenta de que no podía llevar a la oficina del fiscal del distrito ni un solo nombre ni una sola evidencia.

Ahogó una maldición.

Estaba acostumbrado a eso y tenía que aguantarse. Fue a su apartamento de soltero en Broadway, en la parte baja, donde aún palpitaba un poco el Nueva York de antes de la guerra del 14, con sus anticuados almacenes Woolworth y las pequeñas tiendas cuyos dueños aguardan al cliente en la puerta. Se dio una ducha fría, comió un *sandwich* comprado en el *snack* de la esquina, se tomó una pastilla euforizante para cortarse el sueño, le tocó el culo a la chica de la fotografía semiporno que tenía sobre el diván y salió. Antes de llegar a la calle aún le tocó el culo a la oficinista de al lado, que cada día entraba a la misma hora y siempre dando a la parte posterior de su cuerpo unos meneos de espanto. Ella le decía todos los días, aunque sin hacer nada para impedir el contacto:

—Guarro.

Esta mañana le dijo:

—Guarrito.

Estaba visto que Kennedy progresaba.

También el conserje del edificio, que era marica perdido, suspiró al verle:

—¡Ay!

Pero por ese lado, Kennedy no quería progresar.

Se dirigió de nuevo al edificio donde había muerto Anna. La luz turbia de las primeras horas de la mañana dada a todo aquello un aspecto de tristeza casi irreal, evanescente, como de edificio que fuera a derrumbarse dentro de poco entre las brumas, los ruidos y la suciedad de Nueva York. El jardín estaba descuidado y parecía no tener fondo. Los edificios, colindantes lo ahogaban con su peso, impidiendo que llegase la luz.

Kennedy fue al despacho de Masterson.

Masterson era el director y propietario de la residencia. Le esperaba sentado tras la mesa, escrutándolo todo desde sus gafas de cristales gruesos, con mirada de hombre que se siente perdido.

Kennedy ya había averiguado, durante la noche, algunas cosas de él. Por ejemplo que tenía algo más de cincuenta años y que fue en otro tiempo, un excelente físico nuclear, aunque últimamente tenía los estudios algo abandonados. Sabía, también, que tuvo algunos problemas después de la caída del senador McCarthy, porque le había apoyado activamente denunciando, incluso, a algunos científicos. Pero todo eso era agua pasada, eran viejas historias. Entre los científicos hay tantos celos como entre los artistas, y eso Kennedy lo sabía bien. Ahora Masterson no era más que un pobre tipo asustado, acogotado, teniendo clavado en el cuerpo el miedo a que la policía cerrara su residencia.

—Supongo que no van a clausurar esto —fue lo primero que dijo—. Es un verdadero centro científico donde no hemos dado un escándalo, jamás.

—Lo sé —musitó Kennedy.

—Determinados alumnos de primera categoría —explicó Masterson—, gente que no quiere vivir entre el bullicio de las universidades modernas, habitan en esta casa. Aquí tienen un clima sosegado, tienen una buena biblioteca, tienen paz... A pesar de que hay dos chicas, una de ellas ciega, nunca se ha producido el menor problema. Quiero decir que jamás han tenido relaciones sexuales con sus compañeros, al menos que yo sepa. Lo de hoy ha sido... ha

sido algo tan espantoso que no puedo ni creerlo.

—Lo de ayer —corrigió Kennedy sintiendo que, a pesar de la pastilla, llegaban hasta él nubes compactas de sueño.

—Cierto... Lo de ayer.

El inspector alzó una mano, mientras decía para tranquilizarle:

—No vamos a atribuir ninguna responsabilidad a la residencia, por supuesto. Cuando se haga un informe al fiscal del Distrito, nada se dirá sobre supuestas inmoralidades o deficiencias de este lugar. Está claro que no había ninguna vigilancia porque era domingo. Pero ¿sabe por qué regresó Anna a aquella hora, si según parece, no tenía costumbre de hacerlo?

—Bueno... En principio los que se alojan aquí pueden regresar a cualquier hora, puesto que disponen de llave, aunque se les reprende si la usan después de medianoche. Anna tendría que estudiar, supongo, y regresó cuando le pareció bien. Nadie pone reparos a que los alumnos entre o salgan.

—Es que da la sensación de que aquellos dos hijos de perra la estaban esperando.

Masterson se estremeció.

De pronto debió tener la sensación de que todo en torno suyo era inseguro, de que no podría estar tranquilo ya en ninguna parte.

—Quizá pensaban robar —murmuró el director, al cabo de unos instantes—. ¿Quién sabe...? Luego verían a Anna desde la ventana y cambiaron de propósito. O tal vez buscaban a la ciega, que ésa sí que suele moverse muy poco de aquí. La pobre Judith hubiera sido una víctima muy fácil porque no hubiese podido identificarlos nunca.

Kennedy cerró, un momento, los ojos.

Y recordó a Judith, la ciega. Claro que debía salir poco, puesto que necesitaba moverse en ambientes conocidos. Era muy fácil que aquellos desalmados, en efecto, hubiesen venido a por ella.

Fue como si la tuviera de nuevo clavada ante los ojos. Dieciocho años.

Alta.

Maciza.

Curvilínea.

Vestida con un especial esmero, a pesar de que no podía verse en el espejo del tocador. Pero es bien cierto que los ciegos cuidan

muchos detalles que las demás personas consideramos sin importancia.

A Kennedy le estremeció el solo pensamiento de que aquellos desalmados hubieran podido atraparla. Claro que habían atrapado a Anna y el resultado había sido el mismo. ¿Qué importa en determinados casos, ver o no ver? A veces es mejor no ver, cierto...

Masterson preguntó con cautela:

—¿Han identificado a alguien?

—No.

—¿En todos los ficheros de la Metropolitana no... no, no estaban esas caras?

—No, Masterson, no lo estaban, eso es lo descorazonador. Pero no debe parecerle tan extraño, porque cada día surgen nuevos aficionados a esa clase de delitos. Estamos en una rara época eh que muchos jovenzuelos no pueden comprar a una mujer porque son demasiado caras o porque la prostitución ha sido perseguida, pero, en cambio, pueden ver películas y más películas sobre violaciones, como las que se exhiben en los cines de la Calle 42. Llega un momento en que dicen: «Vamos a hacerlo nosotros también». Y el delito aumenta y aumenta, hasta que la ley está desbordada por todas partes. Realmente hay momentos en que uno no sabe qué hacer.

Pero enseguida, añadió:

—De todos modos, lo de aquí es extraño.

—¿Por qué?

—No resulta tan frecuente que los violadores maten a la víctima. Yo soy de los que creen que la violación debería castigarse con la muerte, como en los buenos tiempos del Oeste, cuando muy pocos eran los que se atrevían a reírse de la ley. Pero no dejo de reconocer que si el violador supiera que van a liquidarle por lo que ha hecho, mataría siempre a la víctima, para no ser reconocido, pues igual iba a pagar por un delito que por dos. Eso hace que, normalmente, el asalto sexual, no vaya seguido de asesinato, aparte de que, por lo general, el violador tampoco piensa en eso. Lo de ayer, en cambio, fue distinto. Los que hicieron eso, eran gente que parecían tener el asesinato planeado desde el primer minuto.

Volvió a cerrar un momento los ojos.

—¿Alguien ha estado merodeando por esta casa? —murmuró,

después, con voz cansada—. ¿Alguien había molestado a las chicas?

—¿Piensa que pueden ser los mismos?

—Al menos es una probabilidad.

—Pues bien; no le ha molestado nadie, que yo sepa. Tampoco han merodeado buscones por esta zona, puesto que yo hubiese avisado a la policía.

—Lo comprendo. De todos modos, ¿es mucho pedirle que dé un repaso a su memoria?

—No se preocupe, inspector. Lo haré.

—Perdone si mis hombres siguen por aquí unas horas, causando pequeñas molestias. Por lo pronto, por las huellas y otros detalles, ya hemos averiguado que los culpables fueron dos, pero aún necesitamos otros informes técnicos. Dentro de veinticuatro horas, sin embargo, todo estará listo.

Masterson alzó las manos con el gesto del que se rinde.

—Es usted quien manda, inspector. Yo obedezco.

Y se puso en pie para dar por terminada la visita. Kennedy hizo un breve saludo mientras se dirigía a la puerta.

—Tenga cuidado, Masterson —dijo.

—¿Por qué?

—También hay maricas violadores de hombres.

—¿Quiere que me haga ilusiones, Kennedy?

—Pues mire, nunca es tarde para empezar.

Masterson lanzó una imprecación.

Kennedy hizo un nuevo saludo antes de cerrar la puerta.

—No se preocupe —dijo—, a éstos los tenemos fichados a todos. De vez en cuando vienen a la Brigada y desde la entrada del despacho le gritan a uno: «¡Ay, salvaje...!».

Cerró, desapareciendo entre la niebla.

Kennedy, corredor de maratón y boxeador de pegada demoledora, parecía esta mañana un viejo funcionario de los que siempre le dicen a su mujer que van a pedir la jubilación anticipada.

Se metió en el *subway* y fue a la Metropolitana.

Empezaba un nuevo cochino día con sus docenas de asesinatos, de atracos, de violaciones y de robos en las cuatro esquinas de la ciudad, pero ningún asesinato, atraco, y violación ni robo importaría a Kennedy como el que desde el día anterior llevaba

metido entre ceja y ceja.

Aquél, ¡por todos los infiernos!, había de resolverlo.

Y hasta empezaba a tener un plan.

Al entrar en su despacho le quiso meter mano a la opulenta agente Stewart, pero se equivocó. Por poco le mete mano al sargento Evans.

Y es que hay mañanas en que uno no está en forma.

CAPÍTULO IV

El médico, durante la noche, para que no lo supiera ninguno de los reclusos, descendió por la cuerda hasta el fondo del pozo donde se encontraba Doyman desde cuatro meses atrás. Con su linterna que iba iluminando el espectral recorrido, vio los enormes pilares de cemento del sector nuevo de Sing Sing, se deslizó junto a las tuberías y dejó al fin que sus pies se apoyasen en el fondo de aquella especie de nicho. Como siempre, captó el rumor del agua.

¿Por qué los arquitectos no habían rellenado aquel hueco con cemento, como estaba previsto en los planos? ¿Por qué habían dejado aquel hueco infernal cuya existencia desconocía prácticamente todo el mundo, a excepción del alcaide y él? ¿Por qué existía aquella especie de pozo que recordaba a los de los castillos de la Edad Media?

Quizá la explicación era ésta, sencillamente: servía para reparar las grandes tuberías y los grandes colectores que se había hecho pasar por allí, en caso de que ocurriese alguna emergencia. También podía servir para controlar la veta de agua que se había descubierto entre los cimientos, y que ahora se deslizaba por el fondo de aquel pozo. En fin, los arquitectos sabrían.

El caso, era que él estaba allí por una razón muy distinta. Y como siempre le ocurría cuando bajaba por la cuerda, se sintió dominado por una sensación muy concreta: EL MIEDO.

No, no era miedo a que Doyman le atacase, porque Doyman estaba demasiado débil para eso. Además de poco le iba a servir, ya que él podía siempre pulsar el sistema de alarma que llevaba conectado al estetoscopio y enseguida bajarían hombres a ayudarle. El miedo venía de otra cosa, de una extraña convicción interior, de la sensación de que se encontraba ante algo sobrenatural y que no

tenía explicación alguna.

Ya le había ocurrido la primera vez.

Fue cuando el alcaide le dijo que echara un vistazo al enterrado en vida. Le había confesado:

—Sé que es ilegal, doctor, y que no puedo tenerlo ahí, pero de algún modo ha de pagar lo que ha hecho. Oficialmente se encuentra incomunicado en una celda de castigo, pero esa celda de castigo está vacía. Lo que quiero pedirle es que lo examine para saber si su vida corre peligro. Puedo castigarlo empleando sistemas irregulares, pero no puedo asesinarlo. Espero que me dé su opinión.

Y el médico se la había dado.

Doyman se encontraba físicamente bien, aunque sus ojos no soportaban la luz de la linterna. La terrible oscuridad del pozo los había afectado de una manera que ya empezaba a ser irreversible. Además la suciedad, en que tenía que vivir resultaba espantosa, pese a disponer de la corriente de agua limpia del manantial que se deslizaba entre los cimientos.

Pero no era eso lo que había impresionado al médico.

Habían sido las palabras increíbles de Doyman.

—Flutter acaba de morir.

Flutter era un recluso condenado por doble asesinato. Eran absurdas las palabras de Doyman, porque hasta dos horas antes, Flutter gozaba de una salud impresionante.

Y, sin embargo, resultó ser terriblemente cierto.

Al médico se lo dijeron apenas puso los pies de nuevo en la enfermería:

—Flutter acaba de morir.

—¿Pe... pero de qué?

—Se ha suicidado. Se ha cortado las venas con un cuchillo que robó de la cocina.

El médico había notado una sensación de vacío en el pecho.

Le había parecido vislumbrar incluso un trozo del Más Allá.

Pero todo eso podía ser una casualidad. Casi la había olvidado, la segunda vez que bajó al pozo.

Doyman estaba convertido en una piltrafa:

La barba ya le tapaba completamente el cuello.

Apenas podía tenerse en pie porque sus piernas se estaban atrofiando, y en cuanto la luz de la linterna pasó sobre su cara lanzó

un grito mientras se llevaba las manos a los ojos, desesperadamente.

Pero no fue eso lo que más impresionó al médico. Al fin y al cabo, ya contaba con que iba a encontrar una ruina física.

Lo que le impresionó, por el contrario, fueron las palabras de Doyman.

—Sanders está agonizando, ¿verdad?

—¿Qué... qué dices?

—Digo que si Sanders está en la enfermería.

El médico había sentido que le faltaba el aire.

—Pues... pues sí —confesó—. Hace dos días que., que está allí.

—¿Mal?

—Muy mal.

—Morirá esta noche.

Doyman había hablado con voz lenta, profunda, hosca; una voz que parecía llegar de un mundo irreal al que solamente él tenía acceso. Un mundo de ultratumba.

—Tú no has salido de aquí... —balbució el médico—. Tú no recibes mensajes, porque la comida se revisa y el guardián que te la baja por la cuerda, es de absoluta confianza... Vives en la más impenetrable oscuridad, sin contacto alguno con el mundo. ¿Cómo sabes eso? ¿Cómo supiste lo de Flatter?

—Lo supe y basta. Eso es todo.

El médico no había sabido qué contestar.

Y, en efecto, Sanders, que llevaba solamente dos días en la enfermería de Sing Sing, había muerto aquella misma noche.

Ésa había sido la segunda vez.

Y por eso, ahora, cuando el médico jefe de Sing Sing bajaba por tercera vez al fondo del pozo, sentía que algo temblaba en lo más profundo de sus nervios. Notaba que entraba en un mundo irreal, distinto, un mundo alucinante donde era posible todo.

Proyectó la luz sobre los ojos de Doyman.

Y éste lanzó un chillido agudo, terrible, mientras se los tapaba de pronto. Después de meses de impenetrable oscuridad, no sólo sus músculos fallaban, sino que sus ojos estaban dañados para siempre. El castigo a que había sido sometido aquel hombre, pese a ser uno de los peores asesinos de los Estados Unidos, estaba resultando más salvaje de lo que cualquier mente carcelaria podía concebir.

Le habían bajado ropas nuevas el mes anterior, pero todo él

volvía a despedir un hedor espeso e insufrible.

El módico bajó el haz de luz.

—Lo siento —dijo—; ¡haré que te saquen de aquí!

—Ese hijo de perra del alcaide no lo consentirá.

—Tendrá que hacerme caso, Doyman. Ya le ha castigado bastante. Ha faltado a todos los reglamentos habidos y por haber. No puede seguir así.

La voz de Doyman pareció la que hubiese podido tener una rata murmurando desde el fondo de su alcantarilla.

—Me dejará morir y luego me sacará de aquí. Tiene miedo de que, si salgo, le denuncie.

—Si pensara dejarte morir no me enviaría aquí una vez al mes, Doyman.

—Me odia tanto que... que...

—Con razón, Doyman.

En aquella penumbra alucinante, el otro se revolvió como una serpiente.

—¿Con razón? ¿Por qué? —masculló.

—Sliman sigue libre.

—¿Y qué?

—¿Cómo qué y qué? Sliman es uno de los gusanos más repugnantes de los Estados Unidos. No sólo corrompe a los jóvenes con las drogas, a todo lo largo y ancho del país, sino que asesina a los que hablan; prostituye a las muchachas que se dejan prender en sus garras y paga a fieras como tú para que actúen por cuenta suya. Patterson podía haberle acusado porque Patterson era el único que sabía cosas de él, pero tú lo mataste en las condiciones más horribles que hubiera podido concebir una mente enferma. ¿Y aún quieres que el alcaide no te odie? ¿Qué esperas? ¿Qué te envíe una felicitación?

Doyman no contestó.

Su cerebro no debía regir demasiado bien.

Había momentos en que estaba a punto de hablar, y no podía.

Siempre con los ojos tapados porque hasta la penumbra se los hería, escuchó la voz del médico:

—¿Cuánto te pagó Sliman por aquel asesinato?

—Diez mil —confesó Doyman.

—¿También te proporcionó el ácido sulfúrico?

—Sí. Tiene cómplices en la cárcel.

—¿Quiénes?

—Guardianes que distribuyen sus drogas a cien veces el precio que tienen en la calle.

El médico suspiró. No hizo nuevas preguntas. Era inútil. Solamente musitó, al cabo de unos instantes, mientras pensaba que aquel tipo reventaría sin remedio si no lo sacaban pronto de allí:

—¿Te das cuenta de que jamás podrás disfrutar de los diez mil? ¿Para qué los quieres? Ya antes de cometer ese crimen estabas condenado a muerte, lo cual equivale a la cadena perpetua.

—La cadena perpetua no existe —dijo, secamente, Doyman—. La ley es cada vez más benigna y no hay motivos para dudarlo. Aún podré disfrutar de esos diez mil dólares.

—Estás loco, Doyman.

—Yo... ¡saldré!

Su voz era la de un loco, la crispación de sus músculos indicaba que podía sufrir un ataque de nervios en cualquier momento. Sabiendo que hacía mal al excitarle, pero sin poder evitarlo, el médico dijo:

—Quizá puedas disfrutarlos, pero lo seguro es que no podrás verlos.

Doyman estuvo a punto de lanzarse sobre él.

Sus dientes chirriaron terriblemente.

Alzó los puños, pero las piernas le fallaron. Como sistema de defensa, el médico no tuvo necesidad de otra cosa que la de proyectarle el foco de luz directamente a los ojos. El asesino cayó de rodillas mientras se ponía a lanzar chillidos histéricos, como si el dolor le llegara a las últimas células de su cerebro.

Se arrastraba por la suciedad.

Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios, en cualquier momento.

El médico dijo, con voz silbante:

—De todos modos esta situación ya ha rebasado los límites de lo inhumano. Juro que te sacaré de aquí.

—¿Qué quiere, doc? ¿Qué vuelva a mi celda?

—Sí.

—¿Con mi compañero Tyllan?

—Pues...

—No podrá ser, doc.

El médico se estremeció.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo han enterrado esta misma mañana.

Hubo una especie de chillido en aquella macabra oscuridad.

Pero esta vez no lo había lanzado el preso.

Sintiendo la oscura necesidad de apoyarse en la pared para no caer, el médico notó que todo empezaba a dar extrañas vueltas en torno suyo.

La voz llegó chirriando hasta él. Llegó arrastrándose como si fuera en realidad una serpiente venenosa:

—Diga, doc... ¿Verdad que lo han enterrado esta mañana?

—¿Cómo lo sabes?

—Sencillamente lo sé.

—Nadie ha., ha podido decírtelo.

—Nadie me lo ha dicho.

El médico había vuelto a tener lo que sintió al bajar allí: MIEDO. Pero un miedo incontenible, destructor, invencible, que le inmovilizaba los músculos y le impedía pensar. Bruscamente se dio cuenta de que no tendría fuerzas ni para examinar al prisionero, como había hecho las otras dos veces. El estetoscopio estuvo a punto de resbalar sobre su pecho. El maletín en el que llevaba algunos inyectables y el aparato para medir la tensión sanguínea, parecía, de pronto, tan olvidado como si se hallase en otro planeta.

Al fin hizo la señal para que le izaran de nuevo.

No podía resistir más tiempo allí.

No sólo era el hedor, la oscuridad, la angustia que imperaban allí abajo. Había algo mucho más inquietante.

El enigma.

El Más Allá.

La comunicación de Doyman con los espíritus que están más allá del hombre.

El médico necesitó aplicarse, a sí mismo, una inyección tranquilizante para atreverse a ir a ver al alcaide de Sing Sing aquella misma noche. Cuando lo tuvo delante, le aconsejó que trasladase a la enfermería a Doyman.

—El castigo ha rebasado ya los límites de lo humano —dijo—. Además, usted sabe que infringe todos los reglamentos y que esto le

puede costar el cargo. Si continúa una semana más allí, morirá.

—¿No es eso lo que merece?

—Por supuesto. Pero no de ese modo.

—Lo comprendo, pero no me convencerá. Estoy dispuesto a asumir todos los riesgos por lo que he hecho.

—¿No se da cuenta, alcaide? Ya ha hecho bastante. En cierto modo, ya ha conseguido lo que quería.

—¿A qué se refiere, doc? ¿Qué quería yo?

—Que se volviera ciego, ¿no? Pues ya lo ha conseguido. Dudo mucho que pueda volver a ver. En todo caso deberá salir de allí con la cara completamente vendada y procurando que ni un rayo de luz le llegue a la vista.

El alcaide bajó la cabeza.

Sí, quizá había llegado demasiado lejos.

A pesar de la responsabilidad que había dicho asumir, no quería ni pensar en una investigación.

—Lo sacaré de ahí abajo —murmuró, al cabo de unos instantes—. De acuerdo, doc, usted gana. Haga que preparen una sección aparte, en la enfermería.

—Gracias —dijo, mientras se disponía a marchar.

Pero realmente tenía miedo a que Doyman saliera de allí.

Tenía miedo a sus palabras, a sus pensamientos.

A la muerte secreta que llevaba dentro.

CAPÍTULO V

Masterson se quejó cinco días más tarde. Tenía que ser así. Descolgó el teléfono para llamar, no a la Brigada de Homicidios sino al número que Kennedy le había dado de su apartamento de Broadway.

—Ya está bien de vigilancia, inspector... Se lo digo privadamente, y por eso no le llamo a la Brigada, pero ya está bien... ¡Ya está bien! Tengo un coche patrullero detenido en la esquina, día y noche. ¿No se da cuenta de que eso daña el prestigio de mi centro? ¿Qué pensará la gente si se da cuenta de que aquello, después del crimen sigue sometido a vigilancia?

—Pues pensará, sencillamente, que les estamos protegiendo.

—La policía no gasta tantos efectivos para proteger a nadie, Kennedy. Eso lo sabe todo el mundo. La sensación que tengo yo, y tenemos todos, es que se nos vigila como si nosotros fuéramos los sospechosos, realmente, y no aquellos dos canallas que consiguieron escapar.

—Pero que no escaparán por mucho tiempo, Masterson.

—¿Qué... qué dice?

—Uno de los que viven en su casa ha empezado a recordar detalles. No es gran cosa, de momento, pero empiezo a perfilar un cuadro y eso me permitirá cazar a los culpables. Por supuesto, no quiero que a ese testigo le ocurra nada, y de aquí la protección que ha notado usted.

—¿Habla de uno de mis alumnos?

—O de una de sus alumnas, Masterson.

—¿Quién es?

—No se lo puedo decir, por el momento. Cuando todos los datos estén aclarados, usted será el primero en saberlo porque

acompañará a esa persona a la oficina del fiscal del Distrito. Tengo interés en que la declaración se haga en presencia suya y con todas las garantías legales, para que no haya dudas.

—Desde luego, Kennedy, pero ¿no hay manera de que esos patrulleros se exhiban menos? ¡Ni que mi residencia fuese la CIA!

—Lo comprendo, Masterson. En ese sentido tiene usted razón, pero mi obligación es proteger a su gente. Veré si me es posible compaginar ambas cosas.

—Espero que lo haga, Kennedy, puesto que, al fin y al cabo, vivo de este negocio. Ya sabe que tuve que apartarme de mi cargo de profesor de Física Nuclear, y en la actualidad puede decirse que no enseño, aunque j doy algunas clases privadas y hago traducciones científicas. En los grandes centros de investigación ya no se me admite.

—Eso me ha extrañado siempre, Masterson —dijo Kennedy, pensativamente—. ¿Cuál es la historia? ¿Por qué le apartaron cuando usted tenía ya fama bien ganada como investigador?

—No me diga que no lo sabe —gruñó Masterson—. Los periódicos hablaron de eso.

—Yo era demasiado joven cuando apartaron a Mac Carthy, Masterson.

—Bien, pero sabe que fue por lo de Mac Carthy. Ya es algo.

—Es poco.

—Déjese de tonterías, inspector. Mucha gente lo recuerda. Mac Carthy era el senador ultraderechista que empezó a ver comunistas por todas partes y admitió denuncias para apartar de sus cargos a artistas, a científicos, a actores de cine, a profesores, a académicos... Mucha gente ha llamado a aquello *la caza de brujas*. Mac Carthy veía espías por todas partes y, al final, acabó cayendo por un oscuro asunto de homosexualismo, pero la verdad fue que sirvió a su país. De no ser por él, en los años difíciles de la guerra fría, hubiéramos caído, completamente, en manos de los soviéticos...^[2]

—Y usted estaba de su lado, ¿verdad, Masterson? Usted le ayudó.

—¿Pretende decir que denuncié a alguien?

—No lo sé. Le he empezado explicando que yo tengo de todo eso unas referencias muy indirectas, pero supongo que haría apartar de

su cargo a algunos profesores, y cuando Mac Carthy cayó, ellos se vengaron apartándole a usted. Desde entonces no ha encontrado un trabajo que valga la pena, es decir un trabajo de acuerdo con su alta categoría científica. ¿Me equivoco en mucho, Masterson?

Se oyó un carraspeo al otro lado del hilo.

—No. La verdad es que se equivoca en pocas cosas. Y si usted piensa que sólo son envidiosas las artistas de cine, se equivoca. Los científicos lo son todavía más.

Kennedy musitó:

—Y los escritores. Y los policías. Y los abogados. Y las putas. Si eso le sirve de consuelo le diré que todo el mundo es envidioso, Masterson, y que a todo el mundo se la guardan. En fin... Procuraré retirar esa vigilancia de la calle. Y si observa algo especial, no deje de decírmelo.

Colgó.

Fue aquella mañana cuando los periódicos de Nueva York publicaron una pequeña nota en las primeras páginas: Doyman se había fugado de la enfermería de la prisión de Sing Sing. Doyman era uno de los criminales más peligrosos de los Estados Unidos.

* * *

Kennedy penetró en la Brigada y arrojó un ejemplar del *New York Times* encima de la mesa del capitán Foreman.

—Las enfermerías de las cárceles están, no para curar a los criminales sino para que los criminales se escapen de ellas —dijo Foreman lentamente, sin mirar el periódico—. Sé a lo que has venido, Kennedy. Luego nos encargarán a nosotros que lo busquemos otra vez.

—¿Pero por qué han puesto en la enfermería, a un tipo así? ¿No estaba *en* una celda de castigo después de matar a Patterson?

—No está demasiado claro... El alcaide no da explicaciones concretas. Lo que parece seguro es que ese tipo Doyman, estaba casi ciego, por lo que considero evidente que alguien le ha tenido que ayudar a huir. Ahora bien, ¿quién?

Kennedy le apuntó con el dedo.

—Sliman —dijo.

—¿Por qué Sliman?

—Por una razón: porque Doyman es ahora un protegido de Sliman y porque tiene que pagarle lo que le prometió, por matar a Patterson en Sing Sing. Patterson era un testigo de cargo contra Sliman y podía hundir a éste con sólo unas palabras, pero Doyman lo mató de una forma horrible. Ya recuerda lo que se escribió: el ácido sulfúrico llegándole hasta los huesos. Es evidente que Sliman le prometió, no solamente dinero, sino también la libertad cuando se presentara una ocasión favorable, y la ocasión se ha presentado ahora. El traslado a la enfermería de Doyman puso las cosas, tan a punto, que no hubo más que moverse un poco y ¡zas! El caso es que ese criminal anda suelto, ahora. ¿Sabe cuánto van a tardar en encargarnos a nosotros que lo busquemos?

Foreman gruñó:

—No han tardado nada. Aquí está la orden.

Kennedy volvió la cabeza.

Escupió de costado.

Dio de lleno en la dentadura del presidente Carter, que desde un póster sonreía pensando en los cacahuets del futuro.

Luego lanzó una maldición.

—Sabía que me lo iban a encargar a mí —dijo—. ¡Mierda!

E hizo como hacía otras mañanas al salir.

Intentó tocar el trasero de una de las ondulantes agentes femeninas.

Pero por poco le mete mano a un sargento, otra vez.

Kennedy barbotó:

—Necesito gafas.

El sargento gruñó:

—¡Lo que necesitas es quedarte manco!

La agente femenina le enseñó las piernas por debajo de la mesa.

—¿Te gustan mis medias nuevas, Kennedy? ¡Oye, ayer vi una película en la que los hombres y las mujeres hacían de todo!

—Felices ellos —murmuró Kennedy—. Yo ya no puedo.

Y calculó el tropezón tan perfectamente, que cayó justo entre las piernas de la chica, debajo de la mesa.

Ni un astronauta hubiese medido tan bien la órbita.

Miró la calle gris.

El sucio *parking*.

Más allá había unas vallas limitando un campo de béisbol en una terraza de un centro parroquial que estaba haciendo denodados esfuerzos para atraer hacia allí a todos los hijos de zorra del barrio, a ver si se conseguía transformarlos en hijos de buena madre. Pero los hijos de zorra, preferían robar los coches del *parking* y utilizar los asientos como colchón para las chicas que se descuidaban un poco. En el límite sur del Bronx aquello era lo más sucio, lo más podrido, lo más patético de la ciudad entera.

Kennedy vio unas cuantas chimeneas sórdidas que parecían limitar el barrio. Vio, también, un cementerio que empezaba a desintegrarse, porque las casas lo ocupaban, poco a poco, y ya nadie se acordaba de los muertos. Vio, también, a un par de chicas que fumaban marihuana en un portal, pensando luego en acostumbrarse a cosas más fuertes.

El inspector avanzó con las manos en los bolsillos y la americana desabrochada descuidadamente. Algunas viejas cachondas decían que se parecía a Robert Redford, pero la verdad era que las jóvenes no le hacían demasiado caso. Atravesó una casa en ruinas, derribó de dos puñetazos a dos negros que perseguían a una chica con intención muy clara, y luego se plantó en el garito de Timbury.

El garito de Timbury era una especie de cobertizo provisional situado entre dos cafés que olían a miseria.

Daba la sensación de que allí no se manejaba ni un dólar, pero tal sensación era engañosa completamente. Por las cercanías se movían auténticas fortunas. En aquella especie de coto cerrado, donde ningún policía se hubiera atrevido a penetrar, se preveían de mandanga —y pagaban al contado— todos los proveedores de la costa atlántica desde Boston a la orilla izquierda del río Delaware.

Kennedy lo miró todo.

Cochina diferencia.

Diferencia con las habitaciones elegantes que tenía Sliman en la propia Nueva York, en el mejor sitio de la Madison Avenue. Diferencia con su elegante chalet de diez habitaciones, al que iba a dormir todas las noches, en el condado de Meador. Diferencia con su casa de Florida donde había una piscina en forma de corazón. Diferencia con los hoteles de lujo —nena incluida— en que siempre

se alojaba aquel magnate del crimen cuando iba vigilando el negocio, de un lado a otro de los Estados Unidos.

Pero todas las casas bonitas tienen su almacén subterráneo por donde pasan los tubos que van a las cloacas, y el negocio de las drogas no era una excepción. El chorro de oro se canalizaba a través de sitios como aquél, a través de pudrideros donde la policía no entraba y donde los canjes se realizaban en cuestión de segundos. Kennedy sabía que a esos sitios no iba nunca Sliman, pero en cambio sí que iba Mikel, uno de sus hombres de confianza que había cometido algunos pequeños fallos y al que, en castigo, enviaba a los sitios más podridos, como cuando empezó.

Ahora Mikel estaba allí.

Había venido en un coche modesto para no llamar la atención. Era un «Studebaker» cuya plancha empezaba a pudrirse y a llenarse de mugre de rata. Pero Mikel iba bien vestido y, cosa extraña, parecía esperar a Kennedy.

Dos gorilas estaban con él.

Cuando vio acercarse al inspector, gruñó:

—Supongo que la Orden ya ha llegado a la Brigada, Kennedy.

—¿Qué orden?

—La de que busquéis a Doyman.

Kennedy hubo de hacer un leve fruncimiento con sus labios.

—Parece que vosotros lo sabéis todo, machos —dijo id cabo de unos segundos.

—Sabemos lo suficiente.

—¿A quién pagáis para que os dé el soplo?

—No te importa. A uno que tiene ojos para ver los documentos y boca para hablar. Pero yo también tengo boca.

—Supongo que la tienes para hacer el mamón, Mikel.

Mikel se tragó lo que pensaba.

—Dime si es cierto que buscas a Doyman, Kennedy —masculló.

—Si.

—Pues pisas mierda.

—¿De veras?

—Sliman no lo tiene. Tampoco le ha ayudado a huir.

—¿Qué vas a hacerme creer? ¿Que no tuvieron nunca relación esos dos hijos de la gran chingada? ¿Y que un fulano ciego como Doyman se escapó de la enfermería de Sing Sing así por las buenas,

sin que le ayudase nadie?

—Claro que tuvieron relación, Kennedy. Eso no me importa decirlo, de palabra, a un policía marica como tú, pero lo negaré por la memoria de mi madre si tratas de repetirlo ante el fiscal del Distrito. Sliman pagó diez mil dólares a Doyman para que liquidase a Patterson, que podía ser testigo de cargo contra él. Doyman era basura, pero no le resultaba posible contratar a otro para que hiciera aquel trabajo. Por lo tanto le pagó los diez mil y se rompió toda relación entre ellos. Por el gusto de Sliman, ese bastardo asesino podía pudrirse, cien veces, en las celdas de castigo de Sing Sing. Nunca cometería la equivocación de ayudar a escapar a un fulano que sabía tanto.

Kennedy encajó las mandíbulas.

Sabía que Mikel le estaba diciendo la verdad. A su modo, aquel mundo en que estaban metidos tenía sus leyes y tenía su lógica. Hecho el servicio por Doyman, el tal Doyman ya no interesaba para nada. Al infierno con él.

Pero aun así, masculló:

—No me irás a hacer creer que consiguió pagarle diez mil pavos en Sing Sing. Y que Doyman los empleó en lograr que un guardián le hiciera algún trabajito raro.

—No se los pagó a él.

—¿Pues a quién?

—A la chica de Doyman.

—¡Ah...! ¿Ese cerdo tenía una chica?

—Y estupenda. Una chica que trabajaba en un *cabaret burlesque* y a la que habían querido contratar para hacer películas *porno*, pero a la muy decente no le gustaba abrirse de piernas delante de una cámara. Prefería hacerlo en privado. Doyman estaba chalado por ella y pidió que le administrase los diez de los grandes, hasta que él consiguiera huir. De modo que Sliman le pagó a la chica.

Kennedy suspiró:

—Por lo tanto, ella puede haber ayudado al fugitivo —dijo.

—Narices.

—¿Por qué no?

—¿Sabes por qué no? ¿Lo quieres saber? Porque ella se largó con una chica que sí que hace películas *porno*. La tal Rossalind, la chica de Doyman, es una lesbiana de espanto. Parece que las dos lo

pasaron bomba en el Caribe, hasta que las echaron porque se lo hacían todo en el borde de la piscina del hotel, y ahora Rossalind vuelve a estar en Nueva York, o al menos estaba esta mañana. Cuando se entere de que su amorcete está libre como un pájaro, le va a faltar tiempo para largarse a Finlandia.

Kennedy seguía con las manos en los bolsillos.

Estaba convencido de que Mikel le decía la verdad.

—Iré a ver a esa tal Rossalind —masculló.

—Vive en un rascacielos nuevo que hay en la calle Treinta y Cuatro, casi enfrente del Madison Square. No sé el piso, pero en la puerta verás su placa.

—Me descolgaré por allí, antes de que emprenda el vuelo —dijo Kennedy.

Y fue a largarse, pero en aquel momento uno de los gorilas que acompañaban a Mikel gruñó:

—No había para tanto, jefe.

—¿No había para tanto, de qué?

—Usted dijo que ese tal Kennedy era una torre.

—¿No lo es?

—No. Es una caca.

—¿De veras?

—¡Ujú!

Y disparó su puño derecho.

Al parecer, quería hacer méritos, el macho.

Kennedy bloqueó el golpe con el antebrazo izquierdo.

Sonó un CHASK.

Dos dientes saltaron al aire sin necesidad de anestesia.

El gorila se arrugó.

Mikel lo vio caer sin una mueca de lástima.

—Tú, borrego —dijo más tarde.

—¿Qué? —farfulló el otro, sujetándose las piezas sueltas de la mandíbula.

—Perdiste la apuesta. Son veinte pavos.

El gorila se ensució en la memoria de la madre de Mikel.

Pero pagó.

CAPÍTULO VI

Kennedy tomó un taxi. El conducía poco por las calles de Nueva York, ya que en sus tiempos estuvo al volante de un coche patrullero y se había acostumbrado a darle demasiado al gas. En los atascos, cuando tenía que conducir sin ayuda de la sirena, se le ponían los nervios de punta.

—Al Madison.

Ya estaba otra vez allí la niebla de la mañana.

Las calles charoladas por la humedad.

Las tiendecitas pequeñas y sórdidas.

Las negrazas de curvas opulentas que salían a racimos por las puertas del hotel New Yorker, buscando a alguien que les hiciera un hijo café con leche. Al menos ésas eran las ilusiones que se forjaba Kennedy.

Pero nada.

—El Madison, señor.

Pagó la carrera y miró el rascacielos de la acera de enfrente. Buena jaula, sí, señor, y encima, en el barrio alegre. Viviendo en los barrios elegantes más allá de la Avenida Cincuenta, uno se puede pudrir de asco, pero allí no. Desde los apartamentos altos, que quizá tenían piscina privada y todo, se debía tener la sensación de que estaban al alcance de la mano la Battery y las casas abigarradas de Greenwich Village.

Miró la relación de inquilinos después de mostrarle su credencial al desconfiado conserje.

Lo que imaginaba.

Piso alto.

Piscina privada y todo eso.

Diez de los grandes dan bastante de sí, cuando una mujer se

propone gastarlos en sólo un par de meses.

Kennedy subió.

No se molestó en llamar.

¿Allanamiento de morada? ¿Y qué? Prefería arrostrar las consecuencias legales antes que permitir que se le escapara Doyman, pues si Doyman estaba allí tendría tiempo de ocultarse al oír llamar a la puerta.

Forzó la fácil cerradura con una llave maestra.

Y vio el conjunto.

Las dos vampiras habían alquilado una *suite* de verdadero lujo. Y, en efecto, la terraza tenía una piscina que era poco mayor que la bañera, pero en la que dos personas podían brasear y cuya agua podía calentarse todo el año. Las dos lesbianas estaban tirando el dinero por la ventana.

Claro que ahora no parecían acordarse del agua.

Se encontraban en la cama.

Y de qué modo...

Ríase usted de las películas *porno*.

Kennedy hizo una apuesta consigo mismo.

Rosalind debía ser la de encima.

Pero no. Era la de abajo.

Gruñó, con voz opaca:

—¿Buscas a Doyman?

—Sí. Soy de la bofia.

—Doyman no está. ¡A buena hora voy a ayudar yo a ese marica!

—¿Tú cobraste diez mil por su cuenta?

—¡Y a ti qué te importa! ¿Crees que voy a confesar eso? ¿Pretendes envolverme en lo de Patterson? ¡Nanay, hermano! Y si crees que Doyman me da miedo, te equivocas. Me han asegurado en Sing Sing que lo llevaron a la enfermería porque estaba ciego. Me gustaría que se atreviera a venir aquí, a ver dónde pone los pies ese hijo de zorra.

Kennedy las siguió mirando a las dos. No parecían haberse inmutado demasiado por su presencia, puesto que ni siquiera cambiaban de postura.

—Imagina que alguien lo conduce —murmuró.

—E imagina que yo alquilo a un pistolero para que me defienda. Lo he apalabrado ya, ¿sabes? Hasta creí que eras tú. Oye... ¿sabes

que te pareces un poco a Robert Redford?

—¿De veras?

Rossalind abandonó, de momento, los brazos de la otra para mirar fijamente al hombre que estaba de pie ante ellas.

—De veras... ¡Y tan de veras! Escucha, aquí mi amiga Norma, que es lo que se dice toda una señora.

—Ya lo veo —susurró Kennedy.

—A ver, Norma, saluda. Sé una chica bien educada.

Norma dijo, simplemente:

—Macho, estás cañón.

—¿Pero a vosotras os interesan los hombres? —susurró él.

—¡Caray, hace falta echarle un poco de imaginación a la cosa!
De tarde en tarde venía bien.

Y Rossalind le sujetó por una mano.

—Anda, sé bueno —dijo.

—Os advierto que estoy hecho polvo —gruñó Kennedy—. He dormido mal.

—Eso lo veremos.

Y las dos se lanzaron al ataque.

—¡Es mío!

—¡Mío!

Empezaron a atizarse. Kennedy intentó escapar.

Pero no pudo. Rossalind le hizo un placaje.

—No seas idiota, hombre... Que esto lo hacíamos en broma. ¿No te decía que hay que echarle un poco de imaginación al asunto?
Pues era para ponerte en forma.

Kennedy reconoció que ya lo estaba.

Por eso, precisamente, había tratado de huir. No quería hundirse de cabeza en aquella especie de sima.

Pero se hundió.

Las dos gritaron:

—¡Mío!

—¡Mío!

La lástima era que, ahora, lo decían en serio.

Kennedy pensó que por aquel camino no iba a encontrar a Doyman ni en el siglo Veintidós de la Era Cristiana.

Pero no era eso lo peor.

Lo peor era que las dos leonas le estaban despellejando vivo.

CAPÍTULO VII

El hombre que dejó la camioneta ante la residencia estudiantil, enfrente del jardín mortecino en el que se alineaban las sombras, se llamaba Colman. Cada mes, invierno y verano, venía a repasar las tuberías de la calefacción, a asegurarse de que no hubiera escapes de agua ni fugas de gas. Para eso Masterson pagaba religiosamente un seguro que cubría todo riesgo.

Tomó sus herramientas, apagó su cigarrillo por si acaso y empleó la llave que abría directamente la puerta del sótano. Una vez allí, bajó por las escaleras metálicas, haciendo ruido, para dirigirse al centro de control donde se unían todas las tuberías. Antes encendió la luz.

La puerta estaba cerrada a su espalda.

No quería que nadie le molestara durante su trabajo.

Sacó una llave inglesa para asegurar las tuercas y luego una aguja milimetrada para calibrar el desgaste de las juntas. Mientras hacía ese trabajo, empezó a silbar una alegre cancioncilla.

No se dio cuenta de que la silueta se movía tras él.

No llegó a verla.

Ni a oírla.

Ni a adivinarla.

No captó la muerte a su espalda.

No llegó tampoco, a darse cuenta de que el tipo vestido de negro que se movía tras él... ¡había de llevar los brazos por delante porque no sabía moverse, aún en aquel terreno desconocido! ¡Porque no veía nada!

¡Era un ciego!

Colman tampoco pudo imaginar lo peor: que la propia canción que estaba silbando era lo que servía de guía a su asesino.

De pronto, una mano se posó en su nuca.

Colman tuvo una sensación de frío.

Fue a lanzar un gemido, pero no tuvo tiempo. Tampoco llegó a entender la verdadera situación; no supo que aquella mano posada en su nuca servía solamente para medir el punto exacto en que debía ser clavado el cuchillo.

Éste era delgado como un estilete.

Se hundió con la perfección de un resorte.

No sonó ni un gemido.

Apenas brotó la sangre.

Por lo menos Doyman había aprendido bien su oficio y su oficio era matar.

El mecánico quedó tendido en el suelo.

Y se hizo el silencio.

Un silencio agorero y cargado de presagios.

Doyman, que había oído el chasquido de la luz y sabía que estaba encendida, la apagó porque no la necesitaba. Luego quedó quieto junto a una pared, muy quieto, como si él fuese un cadáver también. Pero respiraba anhelosamente.

* * *

El agente que vigilaba la zona, aunque ahora vestido como un empleado de teléfonos para no llamar la atención, entró en la primera cabina que encontró al paso y llamó al despacho de Kennedy.

Éste le contestó con voz somnolienta:

—¿Qué?

—Inspector, soy Peter.

—¡Hum...!

—Oiga, habla como si estuviera hecho polvo.

—Hum... Lo estoy... Hum...

—¿Ha encontrado a Doyman?

—Oye, macho, ¿por qué te metes con mi padre si yo no me he metido con el tuyo? —barbotó Kennedy.

—No se enfade, hombre. Era sólo una pregunta porque todo el mundo sabe que de eso se ocupa usted.

—Sí, pero me echarán pronto. ¿Por qué me llamas?

—Vigilo la casa de Masterson, como me ordenó. Todos los movimientos de los huéspedes son normales, pero ayer se produjo una visita que yo no tenía en el programa. Fue por la tarde. Una camioneta se detuvo ante la casa y de ella salió un tipo con facha de mecánico que se coló en el sótano.

—¿Llevaba rótulo la camioneta? ¿Lo has controlado?

—Sí. Se trata de una compañía que revisa las instalaciones de gas una vez al mes. Masterson tiene un seguro.

—Bueno, entonces es normal. Cuelgo.

—¡Mierda! No cuelgue. Falta lo importante.

—¿Lo importante? ¿Qué es?

—La camioneta estuvo allí detenida más de tres horas.

—¿Viste salir al tipo?

—No. Debió salir justo cuando yo telefoneaba para ver si esa compañía existía realmente. Al volver de la cabina, la furgoneta ya no estaba.

—Entonces sigue siendo normal. Debió encontrar una avería y se pasó bastante rato allí abajo, pero voy a hacer unas comprobaciones, rutinarias. ¿Tomaste la matrícula del vehículo?

—Sí.

—Dámela.

Kennedy la copió. Luego, dijo:

—Gracias.

Y colgó. Aunque los párpados le pesaban y aunque arrastraba los pies, fue a la sección de al lado. Allí se encontraba una especie de oficina general adonde llegaban clasificados los datos —incluso los que parecían no tener importancia— de las otras secciones de la Metropolitana.

—Coches denunciados como desaparecidos —dijo.

Era una pura rutina.

Pero encontró el dato.

La furgoneta figuraba como robada, lo cual quería decir que no había vuelto a su sitio. No se la había llevado el empleado que reparaba las averías en la conducción del gas, sino otra persona. Por lo tanto, cuando el agente de vigilancia se dio cuenta de que el vehículo ya no estaba allí, era porque acababan de birlarlo.

¿Pero qué explicación tenía eso? La policía de Nueva York estaba acostumbrada a que desapareciesen coches caros o últimos

modelos, que unos cuantos cachondos de fin de semana robaban para lucirlos por ahí, pero ¿una furgoneta, y encima, con el nombre de la casa en las paredes laterales? ¿Para qué puñeta la quería nadie?

Anotó el teléfono del que denunciaba la desaparición, Luego dio una orden.

—Los patrulleros tienen que buscarla —dijo—. Detrás de ese robo tiene que haber algo mucho más importante.

Lo había.

La casa que se encargaba de las reparaciones, y que por lo tanto, era dueña de la furgoneta, le aseguró por teléfono que no solamente había desaparecido el vehículo, sino el empleado también. Ya no sabían qué pensar y por eso habían dado parte a la policía.

—¿Cómo se llama ese empleado? —preguntó Kennedy.

—Colman Lleva diez años con nosotros. Buen tío.

—Sí, pero ¿qué saben de él?

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, si tiene manías sexuales.

—No le entiendo, inspector. ¿Qué trata de preguntar? ¿Si de vez en cuando se zumba a una tía? ¿Y yo qué sé?

—Lo que quiero saber es si alguna vez se han quejado de él. Un tío de éstos entra en domicilios donde suele haber mujeres solas. ¿Ha intentado aprovecharse de la situación algún día? ¿O ha raptado a alguna para llevársela en su furgoneta y hacer con ella lo que le diera la gana en un descampado?

—¡Oiga! ¡Si nos hubieran insinuado eso, no sólo esta ría despedido de la empresa! ¡Estaría en la cárcel!

—Lo supongo, pero era una posibilidad —musitó Kennedy.

—¿Piensa que pudo haber recogido en la furgoneta a alguna chica? ¿Y que por eso el muy macarra no ha venido?

—Repito que era una posibilidad —dijo Kennedy—. En fin, avíseme si vuelve, o si alguien les da una pista. Enseguida iremos a por él.

Colgó y chascó dos dedos.

A hacer puñetas.

Podía ser una desaparición sin importancia, pero a Kennedy le olía a muerte todo lo que se relacionaba con aquella casa.

Sacó un paquete de cigarrillos y se dio cuenta de que estaba

vacío. Lo estrujó. Luego fue a telefonar a Masterson.

No tuvo tiempo.

Uno de los patrulleros había enviado un mensaje.

—Localizada la furgoneta desaparecida cerca del cementerio de coches de Wall River. No parece que haya nadie en ella. La estamos observando a distancia y da la sensación de estar abandonada. Esperamos órdenes.

Kennedy ladró:

—No hagan nada. Yo voy enseguida allí. Emigren para que no se note vigilancia por ningún lado. Cambio.

—¡Mierda, inspector! Cambio.

—¡Mierda, chico! Corto.

Kennedy tomó un coche de los de la Brigada, pero sin distintivo. Sorteando el pesado tráfico que se dirigía hacia el Lincoln Tunnel llegó a Jersey City y bordeó el Hudson a lo largo de almacenes y de industrias de mala muerte, que, poco a poco, iban siendo sustituidas por otras más modernas, hasta acercarse al cementerio de coches de Wall River, una pirámide de chatarra donde, sin embargo, había automóviles que aún hubieran encandilado los ojos a más de cuatro. En uno de los caminos cortados, entre viejos barracones que se derruían, vio la furgoneta.

Efectivamente, daba la sensación de que había sido abandonada allí. No se apreciaba movimiento alguno en torno suyo. Pero Kennedy arqueó una ceja.

Sí, claro que se apreciaba movimiento. A un tipo con sus ojos de águila no se le escapaba el detalle.

La suspensión.

¡Leches!

Fue hacia allí, en silencio, y abrió de pronto la puerta posterior, que daba a la caja de la furgoneta. La chica lanzó un grito, mientras intentaba taparse a toda prisa y el tío se volvió, de pronto, mientras barbotaba:

—¡Hijo de zorra!

Kennedy le convenció de que era algo peor.

De que era también un hijo de yegua, porque a la primera coz le partió la boca.

La chica salió corriendo.

Todavía no se había puesto las braguitas.

El tío sacó una navaja.

Peor para él.

Kennedy le atizó un golpe de karate en un pómulo y luego un golpe de cabrón en la entrepierna. El tío cayó de rodillas, jadeando, vomitando casi, mientras desde abajo le miraba con ojos inyectados en sangre.

—Por trincarse a una chica, no hay para tanto —barbotó—. Ella no estaba aquí en contra de su voluntad.

—Ni a favor de su voluntad, tampoco. ¿La habías amenazado?

—Bueno, sólo al principio.

—Lo curioso es que no te busco para eso, macho.

—¿Cómo? ¿No eres el hermano de esa guarra? ¿Ni su tío? ¿Ni su marido? ¿Ni su macarra?

—Soy la madre que la parió —dijo Kennedy, muy serio.

—Escucha... Ahora lo veo claro. Tú eres un cabrón de la bofia. Estás en lo de corrupción de menores y todo eso.

—Te equivocas sólo en parte. No te equivocas en lo de la bofia ni en lo de cabrón, pero sí en lo de corrupción de menores. Yo te he seguido la pista por lo de la furgoneta.

El otro suspiró aliviado:

—No hay para tanto —dijo—. A uno le jeringan poco tiempo por eso.

Kennedy chascó dos dedos.

De acuerdo, era verdad.

Masticó su fracaso.

Había pensado tener una pista y no tenía nada. Aquel fulano pensaba en un planorro con cualquier chica a la que amenazaría, pero para eso necesitaba llevarla a un descampado. Y en un coche no se lleva a una chica a un descampado, porque la muy maldita grita y hace señas a través de los cristales. En cambio, una furgoneta es ideal. Hasta la caja interior sirve de alcoba.

Por eso la había robado, el muy cerdo. No se escondía allí nada que tuviera relación con lo que buscaba Kennedy.

Gruñó:

—Lárgate. La próxima vez te capo.

—No... no hará falta.

El pájaro se ajustó bien la ropa. Aún le dolía la entrepierna. Tiró de los pantalones hacia arriba y entonces fue cuando se le cayeron

los dos billetes.

Dos de a cien.

Kennedy tragó saliva.

Un buitre de esa clase no lleva tanto dinero.

El tío se dio cuenta.

Casi se arrojó sobre los billetes.

Trató de huir.

Kennedy le puso una zancadilla y lo hizo estrellarse de narices contra el suelo. A continuación le aplicó sobre el cuello la suela de su zapato.

—No me costaría nada romperte las vértebras, macho —gruñó—, y luego vete a reclamar al alcalde de barrio. Jamás sabrían quién lo ha hecho.

—¡Maldita sea su... su madre...!

—Sólo quiero saber quién te ha dado los doscientos y por qué.

—No los he robado.

—Pues escupe la verdad. Escúpela, o te tragas tu propia roña.

—Me los han dado por robar la furgoneta. Por sacarla de delante de aquella casa y luego llevarla bien lejos sin que nadie se diera cuenta.

Kennedy suspiró.

Bueno, ya estaba.

Otra vez la pista, otra vez el camino, otra vez la cochina ilusión de llegar a algún sitio.

—De modo que alguien tenía interés en eso... —murmuró—. ¿Quién?

—Un... un tipo llamado Giorgio.

—¿Un italiano? ¿Mafia?

—Sí. Vive en Amsterdam Avenue, donde vende mandanga a los negros. El me ha dado los doscientos pavos. Le juro que sí.

Kennedy dijo:

—Bueno.

Ayudó a levantarse al granuja, lo sujetó por el pelo y le quitó los documentos de identidad. Luego dijo:

—¡Al diablo!

Kennedy regresó al patrullero, hizo el camino de regreso por el Lincoln Tunnel y dejó atrás los solares más o menos sórdidos, para adentrarse en la maldita isla de Manhattan donde no quedaba un

palmo de tierra sin ocupar. Rodó hasta Amsterdam Avenue, donde, en casas todas iguales, vivían negros todos iguales, con ilusiones siempre iguales. Fue a la dirección del tal Giorgio.

Y lo encontró.

Un poco más y se tropieza con él.

Lo sacaban entre cuatro.

El ataúd era de lujo. Ya se sabe. Los italianos le tienen una especie de cariño a la muerte, de la que hacen una ceremonia.

Giorgio debía estar gordo, porque el ataúd era de calibre. Todos los empleados del restaurante de que había sido dueño lloraban y le decían adiós, papá. A lo mejor sí que era verdad que el tío había dormido con todas sus madres.

Pero a Kennedy se le había quedado la boca seca.

Balbució:

—¿Desde cuándo está fiambre?

—Desde anteayer. Le dio el patatús mientras preparaba un plato especial, unos callos a la napolitana. Ya no se volverá a comer bien nunca más, en este lado de Manhattan. Toda la colonia italiana está de luto.

«Ya será menos», pensó Kennedy.

Pero lo evidente era que el muchachuelo de la furgoneta le había hecho un corte de manga. Ni Giorgio ni puñeta. Aquel pobre italiano que se iba hacia la inmortalidad en ataúd de lujo, no le había dado doscientos pavos a nadie. Posiblemente el macarra de la furgoneta había comido alguna vez allí y por eso recordaba su nombre. Le había dado ése, como pudo haberle dado el de un descendiente de Lincoln.

Pero Kennedy recordaba muy bien la dirección del pájaro.

Fue hacia allí.

Con los puños apretados.

Con la boca tiesa.

CAPÍTULO VIII

La zona era peor que la del cementerio de coches de Wall River, pues consistía en un apilamiento de viviendas casi abandonadas donde ya no vivía ninguna persona honrada desde por lo menos, el siglo diecinueve. Es lo que pasa en Nueva York: desde que empieza a meterse según qué gente en una calle, la zona degenera y, al fin, la gente honrada, y que al menos aspira a lavarse la cara todos los días, tiene que irse.

Era uno de esos lugares donde tampoco penetra la bofia.

Grandes carteles lo decían: ZONA EN RECONSTRUCCION. NUEVAS VIVIENDAS SOCIALES A CAUCO DEL MUNICIPIO DE NUEVA YORK. Pero el municipio de Nueva York no tenía una perra y tenía que pedir préstamos hasta a los bomberos, de modo que la zona estaría sin acabar hasta la próxima guerra mundial. Por eso allí habitaban unos cuantos muertos de hambre que no tenían nada mejor y numerosos hijos de zorra que no querían nada mejor. En el sector se registraban asesinatos, robos y violaciones cada noche.

Y lo peor era que imperaba la ley del silencio.

Allí nadie sabía nada. Ni el asesino se enteraba de que había asesinado. Daba gusto.

Kennedy subió unas escaleras sórdidas.

Tuvo que enviar, por encima de la barandilla, a un tipo que le cortó el paso.

Luego un par de chicas le dijeron que estaba muy bueno y que a ver si era tan macho como parecía.

Kennedy las dejó con la duda.

Una vieja desdentada gritó desde una ventana:

—¡No le provocuéis! ¡Es de la Sanidad! ¡Cómo os huela entre las piernas, se va a dar cuenta de que estáis podridas!

Kennedy no pensaba oler nada.

Vio la puerta.

Apretó los labios.

Un puntapié.

Un puñetazo.

Una maldición.

La puerta a tomar viento.

Kennedy vio la habitación miserable donde los objetos robados se apilaban.

Vio desde transistores japoneses hasta cajas de anticonceptivos alemanes. Vio americanas deportivas. Palos de golf. Combinaciones de chica.

Pero vio también algo peor.

Vio al tío degollado, con los ojos espantosamente abiertos y la cabeza metida dentro del horno de la cocina.

El propio Giorgio no se hubiera atrevido a inventar un plato semejante.

* * *

—La cosa está clara —dijo Kennedy ante el dictáfono, en el informe que dejaba grabado para cuando volviera su jefe—. Colman, el empleado de la compañía aseguradora, ha desaparecido, pero la gente sabría que el último sitio donde había entrado era la residencia, mientras la furgoneta estuviera parada allí. Era como un anuncio que estuviese proclamando a los cuatro vientos el sitio por donde había que empezar a buscarlo. En consecuencia, había que llevarse la furgoneta de allí, pero para eso hacía falta un experto, puesto que las llaves las tenía Colman.

Hizo una pausa.

—Entonces alguien contrató a ese ladronzuelo, sobón y granuja llamado Picker —continuó—. Le dio doscientos pavos para que se llevase la furgoneta bien lejos después de robarla haciendo el «puente» con los cables del contacto. Eso era sencillo para él. El pájaro la trasladó lejos, a Nueva Jersey, pero por el camino se hizo con una muchacha. Eso permitió a los patrulleros avistarle cuando aún se encontraba dentro del vehículo, pues de lo contrario, lo hubiese podido abandonar allí y nunca habiéramos sabido quién lo

había hecho. Pero el pájaro se entretuvo dentro de la furgoneta y yo pude arrancarle las plumas. Entonces me dio una dirección falsa mientras intentaba ganar tiempo para huir. Yo piqué el anzuelo.

Dejó una nueva pausa mientras ahogaba una maldición.

—El caso es que, mientras tanto, alguien se dio cuenta de que ese tal Picker era un peligro porque acabaría dando con él, y resolvió eliminarlo para que no hablase. ¿Quién? Pues muy sencillo: la misma persona que le dio los doscientos dólares.

Kennedy creía adivinar la voz del capitán: Bueno, ¿y quién leches se los dio?

Pero eso era lo que Kennedy no parecía contestar, ahora.

Desconectó el magnetófono, miró en torno suyo, vio que ninguna de las agentes femeninas que estaban de servicio a aquella hora tenía un trasero apetitoso y acabó metiéndose las manos en los bolsillos.

Tendría que ir a la residencia de Masterson sin dar ni siquiera un pellizco.

La vida era una mierda.

* * *

Doyman cerró la tapa que comunicaba el sótano con la cloaca que pasaba debajo de la casa y se frotó las manos tras arrojar por allí el cadáver desnudo de Colman. Las ropas y los documentos habían sido quemados en la caldera poco antes, de forma que sería muy difícil identificar el cuerpo, días después, cuando apareciera comido por las ratas.

El mismo Doyman se encargaría de arrastrarlo bien lejos de allí, por medio de un garfio, hasta la alcantarilla general, donde la fuerza del agua quizá lo arrastraría al otro lado de la ciudad. Pero por el momento ya había hecho bastante librándose del bulto.

Ahora le quedaba otra cosa por hacer.

Se movió por el sótano.

Pese a que sus ojos no veían nada, se movía allí, con la facilidad de un topo. Había llegado a conocer ya los rincones del sótano como en su día llegó a conocer los del pozo en los cimientos de Sing Sing. Todo para él tenía sentido, todo llegaba con absoluta perfección a aquella especie de antenas de radar que eran sus

nervios. Parecía temer unos ojos más perfectos que los de todos los que en aquel momento pasaban por la cercana calle, ante la fachada de la residencia.

Lo cierto era que la calle ya se había desanimado desde dos horas antes, pues estaban a punto de dar las campanadas de la medianoche. Doyman sabía que el momento había llegado y esperó junto a una de las paredes del sótano, concentrado, con todos los nervios en tensión.

El sabía que era dueño de un extraño mundo en el que nadie más podía entrar.

Un mundo misterioso que le hacía adivinar las cosas como si sus ojos atravesaran las paredes.

Y, sin embargo, eran unos ojos que no existían.

Doyman no podía ver.

Pero... ¡SABIA!

Por ejemplo sabía, que Russell acababa de entrar en el cuarto de baño.

Que la bañera estaba casi llena.

Que él se quitaba la ropa.

Que el joven estudiante se metía en el agua.

Doyman sabía eso como desde el fondo del pozo de Sing Sin había sabido lo de los traslados y lo de las muertes.

¡SIN VER!

Poco a poco, se puso en movimiento. Saltó del sótano por las escaleras interiores y llegó al vestíbulo de la residencia.

El silencio se mascaba.

Todo estaba tranquilo.

En orden.

Doyman no se equivocó al llegar a las escaleras. Un misterioso instinto parecía guiarle; a veces daba la sensación de que le conducía una corriente eléctrica, como a los proyectiles teledirigidos. No se equivocaba ni en un centímetro mientras avanzaba en silencio por las entrañas de la casa.

Llegó ante la puerta.

Tranquilidad.

Sólo el chapoteo del agua.

Russell ni siquiera lo vio entrar. No se dio cuenta de nada. Estaba con los ojos cerrados en la bañera, sintiéndose relajado,

pensando en lo que debería hacer al día siguiente, cuando se presentase al examen para titulados superiores de Química Orgánica.

De pronto, las dos manos le apretaron hacia abajo.

No pudo reaccionar.

Apenas emitió un leve gorgoteo.

Aquellas dos manos, que parecían piezas de acero, le mantenían quieta la cabeza dentro del agua.

Desesperadamente intentó apartarlas, pero él no era un hombre fuerte y, además, la violencia del gesto le obligó a respirar. No se dio cuenta de lo que aquello significaba hasta que dentro de los pulmones empezó a sentir angustiosamente la presión del agua.

Entonces perdió el control.

Le invadió una terrible sensación de muerte.

Pataleó, queriendo hacer ruido, pero nadie oyó en las habitaciones vecinas el rumor del agua. Y, si alguien lo oyó, debió pensar que Russell jugaba en la bañera. Nadie acudió a la pequeña habitación mientras las dos manos seguían presionando, presionando... ¡presionando!

Pronto los movimientos de Russell cesaron.

Se fueron haciendo lentos, casi angustiosos, como si las piernas estuvieran lastradas con plomo.

Por fin las manos pudieron soltarlo.

Ya no había nada que hacer allí.

El cuerpo se hundió en el agua lentamente.

Con la boca todavía espantosamente abierta.

Con los ojos en blanco.

CAPÍTULO IX

Clemens, que estaba en el laboratorio incluso los días de fiesta porque eso le resultaba menos desagradable que estar con su mujer, vino con una placa en cada mano, mientras arrastraba los pies como un viejo.

Kennedy no los arrastraba.

Los tenía encima de la mesa.

Miraba de soslayo a la nueva oficial de información que había entrado de servicio aquel anoecer, y que cada vez que daba media vuelta tiraba algo de encima de las mesas, pues del sitio donde empezaba su trasero al sitio donde terminaba, había dos palmos. Buena cosa.

Clemens gruñó:

—Eres un hombre primitivo, Kennedy.

—No me digas.

—Ahora a la gente fina le gustan las mujeres flacas.

—¿De esas que les tocas los huesos de atrás y les haces daño en los huesos de delante?

—Sí.

—Pues que se vaya a tomar viento, la gente fina.

—¿Tú has visto las esculturas de los hombres primitivos? ¿O de los pueblos salvajes de hoy día?

—Supongo que las habré visto en alguna revista.

—Pues bien, siempre reproducen a la mujer con sus órganos distintivos muy exagerados. Por ejemplo, unas nalgas así y unas tetas así. Para ellos, la mujer es solamente un objeto sexual cuanto más poderoso y sano, mejor. En cambio, el hombre civilizado gusta de la curva decadente.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero ser un hombre civilizado?

Y a todo esto, ¿a qué cuerno vienes?

—Creo que he descubierto algo —dijo Clemens.

—¿Eh, qué?

—Mira, a la derecha está la reproducción, a gran tamaño, de la huella de uno de los que ultrajaron y mataron a aquella chica en la residencia. A la izquierda la reproducción de otra huella encontrada durante un robo en Riverside Drive y que está borrosa, pero se parece mucho a la primera. Yo diría que corresponden al mismo tipo.

Kennedy se estremeció.

Por fin estaba otra vez ante el camino. Un camino confuso, pero que servía.

—¿Hay algún detenido en ese robo? —masculló.

—Eso no lo sé.

Llamó a la oficial de información.

La tía estupenda vino.

¡Zas! ¡Zas!

Golpe a las sillas cada vez que movía una cadera.

—Por favor, vea el número de expediente de esta placa —dijo Kennedy—. Quiero todo lo que hay sobre el caso.

—Bien, inspector.

¡Zas!

Pero, esta vez, no derribó nada.

La mano de Kennedy había servido de freno. Y a fondo.

* * *

El coche se detuvo con un seco chirrido de frenos ante la puerta del juzgado. No había nadie importante allí, a aquellas horas. Sólo un policía adscrito a aquel servicio y que preparaba los formularios para el día siguiente, mientras vigilaba el edificio. Un fulano aburrido que también tenía la costumbre de poner las patas sobre la mesa.

Kennedy se las apartó.

El tío había entrado como un bólido.

—El expediente Palmer —dijo.

—¿Qué?

—Hace dos días, la policía entregó aquí, para ser juzgado, a un

delincuente llamado Palmer. Quiero saber si se le envió a prisión.

—¿Palmer? ¿Palmer...? A ver que recuerde. ¡Ah, sí...! Habían hecho varios asaltos a parejas en una noche. El y cuatro más. No hubo heridos porque las víctimas aflojaron inmediatamente la bolsa.

—¿Pero el pajarraco fue a la cárcel? ¡Hable! ¿Está en la cárcel aún?

—Me parece que no. Espere.

El poli miró unas fichas. Al fin clavó sus ojos en Kennedy, quien le miraba con la respiración anhelante.

—Lo siento, inspector —dijo.

—¿Lo... han soltado?

—Sí. Libertad bajo fianza. Cien dólares.

—¿Los llevaban?

—Sí. De lo que habían robado.

—¿Pero es que el juez no lo imaginó? ¿Qué es lo que pensaba ese hijo de perra metido dentro de su toga? ¿Qué?

—Dos de las parejas, entre las que, sin duda, había algún casado, no presentaron denuncia, y por lo tanto, el dinero se consideró de legítima procedencia de los acusados. El otro fue devuelto.

Kennedy ahogó una salvaje maldición.

Siempre lo mismo.

La impunidad para delincuentes a los que las leyes protegen. Seguro que el juez no había pensado más que en quitarse aquellos tíos de encima, aun a riesgo de que volvieran a reincidir.

—Al depositar la fianza dio una dirección —masculló Kennedy —. Seguro.

—Sí, aquí la tiene. Concuerda con sus documentos.

—Bien.

Kennedy la apuntó.

Seguro que el buitre ya no estaba allí, pero, al menos, la dirección era un punto de partida. Había que seguir.

Fue a la parte sur de Harlem.

En la parte sur de Harlem también viven algunas familias blancas. No figuran, por supuesto, entre las más afortunadas de Nueva York, y si no salen de allí es porque no pueden. Pero algunas porque no quieren.

Kennedy entró en la casa, sin orden judicial.

¡Al diablo la ley! ¡Al diablo los jueces! ¡Al diablo todo!

La chica estaba sentada ante una mesa y no hizo nada por moverse, al ver entrar a Kennedy. ¿Inválida? Bueno, eso era lo de menos. A Kennedy no le importaba. Le sujetó por el vestido, casi desgarrándoselo, mientras barbotaba:

—Palmer... Busco a Palmer... ¿Dónde está ese hijo de la gran chingada?

Los ojos de la muchacha apenas se movieron.

Era bonita, pero debía haberlo sido más en otro tiempo. Las curvas, que habían sido poderosas, estaban algo caídas. En sus ojos brillaba una lucecita negra.

—¿Eres de la bofia? —preguntó.

—Sí. Soy un podrido perro de presa.

—Más podrido es él. Palmer se largó con otra, cuando supo que yo estaba de cuatro meses. A mi hermana ya la hizo abortar de una paliza, antes de juntarse conmigo. Si lo encuentras en cualquier esquina de Nueva York... ¡lo castras allí mismo, hijo de perra!

Kennedy no sabía por quién iba lo de hijo de perra, si por él o por el otro, pero eso poco importaba. Soltó suavemente a la chica al saber que iba a ser madre, mientras gruñía:

—Lo dejaron en libertad bajo fianza, pero veo que ha cambiado de domicilio. ¿Dónde está?

—Puede que lo encuentres en el bar de Ruggles. Al menos, antes iba allí.

—¿Dónde está el bar de Ruggles?

—Al final mismo de la Avenida Doce, cerca de la Battery. Era un bar de furcias, pero ahora se ha ido volviendo un bar de maricas porque todo cambia. Oye...

Le señaló una foto con un marco. Desde el fondo de aquella foto, ella misma y un tipo con cara de perro rabioso sonreían a la eternidad.

—Correrías el riesgo de no reconocerlo —dijo—. Fíjate bien en él.

Kennedy dijo, con voz opaca:

—Gracias.

Las mujeres, cuando odian, odian con toda su sangre. Odian con una mala leche metida hasta el fondo de las entrañas.

—No quiero que me haga lo que le hizo a mi hermana —dijo la

muchacha, desde el fondo de su silla—. ¡Mátalo!

Kennedy sentía el mismo odio que ella, pero sentía también una especie de náusea.

Cochina ciudad, donde un buitre con una pistola podía imponer su ley. Podrida tierra, donde uno tendría que acabar encañonando a sus propios hijos para sentirse seguro.

Fue a la Avenida Doce, al final, junto a la Battery. La noche charolaba las aceras y convertía, en sombras furtivas a los que serían, dentro de poco, los primeros borrachos del alba.

Kennedy pasó.

—Diez dólares de entrada, amigo.

El fulano que se los pedía era bizco y pequeño, pero seguro que se las sabía todas. En su derecha brillaba un constelación de anillos de piedras agudas, con las que podía rajarle la cara a uno, con sólo pasarle la mano.

—¿Diez dólares, por qué?

—Por el espectáculo. Las chicas van desnudas y luego se hacen cositas a la vista del público. ¡Oiga, cosa fina!

Kennedy no tenía ganas de ver lesbianas, sino de romper caras. Pero aflojó la mosca.

Vio la larga barra, a cambio de diez pavos bien sudados.

Vio las mujeres totalmente desnudas que servían. Iban sobre zapatos de alto tacón y se contoneaban, pero la mayoría estaba demasiado blanca. Ni una le gustó. Lástima de diez pavos, ¡mierda! Claro que si al menos lo encuentro lo rajo.

Paseó la mirada por los clientes que calculaban, a ojo, el peso de cada teta. Vio unos cuantos maricas con blancas camisetas donde se leía: Ga Power. Oyó que un pájaro le hacía proposiciones a uno y éste contestaba: «Yo estoy liberado. Yo no quiero ser un hombre-objeto».

Kennedy se estaba clavando sus propios dientes.

Cochina Nueva York. Cochino él. Cochino todo.

Por fin le echó el ojo encima. La mujer preñada no le había engañado, como no engañan las mujeres que odian.

Palmer.

Se encontraba al fondo de la barra, metiendo mano a una de las camareras. Y algo le dijo, al sentir clavada en él la mirada acerada de Kennedy, que aquel fulano no era trigo limpio. Llevó la mano a

la axila, mientras gritaba:

—¡John! ¡Mac! ¡Cubridme!

John y Mac vinieron enseguida. Estaban ya a ambos lados de Kennedy, porque sin duda, también sospechaban algo. Las navajas salieron a la luz.

Kennedy se hizo sangre en los labios a causa de la brutal contracción de sus mandíbulas.

De modo que navajas...

A uno le propinó tal golpe en el cuello, que le hizo saltar las amígdalas por la oreja derecha. Lo último que vio de aquel tipo fue que vomitaba sangre sobre el mostrador. Al otro le dio tal puntapié en sus dudosas partes viriles, que tuvo que ir dando saltos de canguro hasta una de las ventanas, por la que acabó arrojándose. Mientras tanto, Palmer ya estaba en la salida de emergencia. Intentó sacar la

«Smith & Wesson».

Peor para él.

Kennedy le clavó la puntera en el centro del vientre.

Una peritonitis aguda no hubiera dado a Palmer tal sensación de dolor y de muerte. Empezó a vomitar una espuma de color verdoso, mientras patinaba por las paredes sujetándose el vientre. Kennedy le descargó a placer, los dos puños en la mandíbula, se la fracturó y luego se lo llevó a rastras.

—Mis diez dólares —pidió a la salida—. No he mirado a las chicas.

Se los dieron.

Cuando Palmer empezó a recobrar un poco el dominio de sí mismo, estaba metido en un coche que tenía aspecto de ser un patrullero por dentro, pero que por fuera tenía una apariencia normal. Kennedy le zarandeaba, pasándole de vez en cuando los puños por la cara. Se encontraban aparcados en una zona oscura, cerca del Hudson, donde no podía ayudarle nadie.

Fue eso lo que le aterró. Eso y los ojos inhumanos de Kennedy.

—Quiero saber el nombre del guarro que te ayudó a violar y asesinar a Anna —masculló—. Quiero oír de tu podrida boca las podridas letras de su apellido, marrano.

—No... no sé de qué me hablas.

Kennedy dio la dirección de la residencia.

Notó que el otro temblaba. Palmer sabía muy bien que Kennedy podía lanzarle sin sentido al Hudson y sacarlo cuando ya estuviera ahogado, explicando luego que el tipejo había tratado de huir. Sabía, también que estaba acorralado como una rata y que le convenía hacer un pacto. Por eso murmuró:

—La libertad, si hablo.

—¿Qué buscas? ¿Un trato?

—Diré todo lo que sé —balbució Palmer—, incluso el nombre del otro, pero quiero dos días para poder huir bien lejos de la ciudad. Luego eres muy libre de hacer lo que te dé la gana.

—Perfecto —masculló Kennedy—. Dos días. ¿Cuál es el nombre del otro?

—Se llama Ross.

—¿Dónde vive?

—En una pensión de la Avenida Once, esquina Veintiocho. Podía estar bien de pasta, pero se lo jugó todo al *black jack* en una noche. Lo que nos pagaron, voló. Yo he conservado algo.

—¿Es que... os pagaron por matar a aquella chica?

—Sí. Nos dijeron que seguramente volvería el domingo a aquella hora y que, con el edificio vacío, todo sería fácil.

—¿Violarla también?

—No. Lo de la violación fue idea nuestra. Sólo nos habían pagado por quitarla de en medio.

—¿Quién?

—Eso no lo sé.

Los pulgares de Kennedy apretaron los párpados de Palmer. Con una brusca presión, y con toda la mala baba que almacenaba debajo de la piel, le podía destrozar, en un momento los ojos.

—¿Quién?

—¡Lo sabe Ross! ¡Te lo juro! ¡El que me contrató fue Ross! ¡El fue quien hizo el trato! ¡Te lo juro por mi madre! ¡Puedes matarme, pero yo no te diré nada más! ¡Por mi madre!

Kennedy le apretó despiadadamente los párpados, mientras barbotaba:

—¿Sí? ¿Y quién fue tu madre, pichón? ¿Quién? ¿En qué burdel para marineros negros trabajaba?

Tuvo la sensación de que lo estaba destrozando, de que le iba a reventar los globos oculares, allí mismo. Pero el fulano se retorció

de dolor, mientras gemía:

—¡Yo no sé nada! ¡Lo sabe Ross!

Ningún hombre miente cuando se da cuenta de que lo están dejando ciego.

Kennedy aflojó.

Tendría que buscar a Ross. Estaba visto que Palmer no mentía.

—Siéntate ahí —dijo, indicando el asiento delantero—. Voy a llevarte a la Brigada.

—¿Me... me acusaréis de violación y asesinato?

—Te acusaremos de tener la sangre podrida. ¡Hala, siéntate!

Palmer todavía tapándose la cara con las manos porque no veía nada, se dejó caer en el asiento delantero, junto al volante. Kennedy ocupó el sitio de al lado y condujo a buena velocidad hacia la Metropolitana, haciendo para sí mismo apuestas sobre dónde lo iba a intentar el tío.

Palmer lo intentó en Broadway esquina Calle 43. Buen sitio. Gente haciendo cola en los teatros, bares abiertos, coches rugientes y buscadores de zorras husmeando las esquinas. El tío abrió la portezuela de golpe y se lanzó como un loco entre la riada de coches, tratando de huir, mientras sus ojos, todavía medio ciegos, veían brillar y brillar millones de luces. No se dio cuenta de que el autobús se le venía encima ni de que otros dos coches trataban de frenar desesperadamente. El golpe con la carrocería le hizo retemblar toda la cabeza y la sangre manchó, como un surtidor fétido, el asfalto de Broadway. Se oyeron maldiciones y gritos, mientras Kennedy también frenaba.

—Creí que lo intentaría un poco más tarde —fue todo lo que dijo—. He estado a punto de perder la apuesta...

CAPÍTULO X

Tuvo que dar el parte por radioteléfono y esperar, junto al cadáver, a que llegaran los patrulleros, lo que le hizo perder un poco de tiempo, pero cuando lo tuvo todo resuelto se dirigió a la pensión de la Avenida Once. Si Ross sabía quién les había pagado por aquel salvaje crimen, Ross lo vomitaría todo, aunque tuviera que vomitar, también, las primeras papillas que le dio su madre.

Encontró sin dificultad la pensión.

Era de lo más tirado del West Side.

El sitio donde viviría un tipo que ganase dinero largo, matando por encargo, pero capaz de jugárselo todo al *black jack* en una sola noche. Y capaz de perderlo en una noche negra también. Así era el nido.

Kennedy se coló en el nidito.

Era un lugar civilizado como pocos.

Un borracho dormía sobre el diván de la entrada.

En otro diván, dos tías medio desnudas se estaban dando el pico.

El portero, un negro con aspecto de tísico, las miraba embelesado.

Kennedy gruñó:

—¿Ross?

—Tiene compañía —dijo el candidato a la tisis.

—¿Una mujer?

—No lo sé. Es ambidextro. Para él vale todo.

Y añadió, mirando socarronamente a Kennedy:

—¿Para usted no, amigo?

Kennedy le sujetó por los pelos de la nuca y le aplastó la cabeza dos veces sobre el libro-registro. Luego avanzó hacia las dos tías que seguían dándose el pico.

Una de ellas le miró con la lengua fuera.

—Se admiten voluntarios —dijo—. Oye, ¿te han dicho, alguna vez, que te pareces a Robert Redford?

—¿Quién sabe? A lo mejor, el padre de Robert Redford fue también mi padre. Mi madre era una santa, pero...

—¿A quién buscas? —preguntó la lesbiana.

—A un pájaro llamado Ross.

—Es hijo de marrana... —La mujer seguía moviendo la lengua como si dijera: «Anda, ven»—. El otro día pegó a una chica de aquí hasta hundirle las costillas, porque no le quería acompañar. Bueno. Si le ves, dale lo suyo. Supongo, por la facha que traes, que quieres cobrarle alguna factura.

Kennedy gruñó:

—¿Ves tu lengua?

—Sí.

—Pues a él le va a llegar hasta el ombligo.

Y subió.

La mujer le había enseñado los diez dedos, indicándole así cual era el número de la puerta.

Kennedy la empujó brutalmente.

¡Al diablo las contemplaciones!

Tropezó con la cama, que estaba casi atravesada.

Tropezó con la lámpara derribada.

Tropezó con la muñeca hinchable con la que aquel asqueroso debía distraer su soledad.

Tropezó con el muerto.

* * *

Porque, eso sí, el tal Ross estaba más hinchado que la muñeca, con toda la sangre acumulada en la cabeza y la bolsa de plástico anudada al cuello y tapándole completamente la cara. Algún amigo del alma le había atizado a traición, dejándole K. O. de un golpe en la nuca, y luego le había metido la cabeza dentro de aquella bolsa barata de los almacenes Saks, atándola sólidamente para que no pudiera respirar. La víctima ya no había salido del K. O. porque antes de recobrar el conocimiento se había asfixiado como un condenado al que cuelgan con la soga mal puesta. Pero daba gusto

verlo, eso sí, con sus manos crispadas y sus ojos tan abiertos y todo.

Kennedy sintió ganas de escupir.

No es que sintiera la muerte de aquellos dos cerdos. Lo tenían merecido. Pero lo que lamentaba era haber llegado tarde, haberles visto a los dos al borde de la fosa sin que tuvieran tiempo de hablar. Por lo menos Ross, que era quien debía saber la identidad del que les había pagado para hacer todas las guarradas que hicieron con la chica.

Dio una patada a la muñeca hinchable.

Sólo le faltaba eso.

Con movimientos de autómatas, descolgó el teléfono y marcó el número de Homicidios. Su voz parecía un chirrido metálico, cuando masculló:

—Ésta es noche de muertos. Uno de los dos que violaron y asesinaron a Anna, la chica de la residencia, acaba de reventar también.

—Pero... ¿pero también ése ha tratado de huir de tu coche, en marcha? ¿Qué es lo que ha pasado?

—No, éste no se ha dado de morros contra un autobús ni ha escrito con su sangre un anuncio en la carrocera. A éste lo ha matado alguien que tenía miedo de que hablase; es decir, lo ha liquidado el tipejo que le pagó. Pero, ahora, no tengo la menor pista, sobre quién puede haber sido.

—Pues las cosas se han complicado bastante más de lo que tú mismo crees, Kennedy —le dijeron al otro lado del hilo—. No lo sabíamos aún cuando has llamado por primera vez desde Broadway, pero ahora tenemos la noticia fresca: otro de los estudiantes que estaban en aquella residencia ha muerto. Se trata de Russell, un muchacho que parecía tener un gran porvenir en la Química. Lo han ahogado en una bañera.

Kennedy quedó lívido.

El auricular tembló entre sus dedos.

Con voz opaca, dijo:

—Gracias. Enviad una ambulancia y un patrullero a la pensión Castle, en la Avenida Once. Yo iré enseguida a ocuparme de ese otro asunto.

Y salió como un fantasma.

Abajo no había cambiado, nada.

Las dos mujeres seguían dale que te dale, y el tío de la recepción mira que te mira y ahogándose en su propia baba.

Kennedy produjo una especie de detonación al chascar dos dedos ante sus ojos.

—¿Con quién estaba ocupado Ross? —preguntó, cuando el otro clavó su mirada en él—. ¿Lo has visto?

—No... Ha tenido que ser alguien que ha entrado por la puerta trasera. Algunos, que son como de la casa. He sabido que Ross estaba en compañía porque, simplemente, ha telefoneado aquí diciendo que no le molestara nadie.

—¿Venía a verle alguien con regularidad?

—Sí, chicas. Pero últimamente iba muy mal de planes y de dinero, tanto que como los viejos y los impotentes, había tenido que comprarse una muñeca hinchable.

Kennedy comprendió que no sacaría nada de allí.

Además sentía una especie de náusea.

Pegó un empujón al tío, lo hizo rodar por tierra, hasta los pies de las dos mujeres —cosa por la que el fulano no protestó, porque así mejoraba su panorámica— y luego Kennedy salió como un fantasma.

CAPÍTULO XI

Doyman sabía que la policía estaba arriba. Desde su oscuro refugio en el sótano de la casa, sin ver nada, sin recibir ninguna sensación, sabía, sin embargo, dónde estaban los agentes y qué era lo que hacía cada uno de ellos.

A mucha gente normal aquello le hubiese parecido imposible. Al propio Kennedy le hubiera parecido diabólico.

Pero Doyman PODIA HACER ESO.

Era una realidad.

Pegado a las paredes, entre las tinieblas, sin poder ver casi nada a través de sus ojos castigados, Doyman hubiera podido situar a cada uno de los agentes en las habitaciones de la casa. Cada vez que se movían, cada vez que cambiaban de sitio. EL LO SABIA.

Se despegó de las tuberías y de las calderas, avanzó poco a poco, hacia las escaleras que llevaban al primer piso.

Abrió una puerta que no daba al vestíbulo sino a las escaleras de servicio. Subió en silencio por ellas sabiendo que los policías se concentraban todos en torno a la bañera con el cadáver de Ross. Abrió otra puerta y se encontró en un pasillo que no era el principal, sino que daba a la parte trasera de las habitaciones.

Abrió una de ellas.

Pensó que estaba vacía. Tenía que estar vacía.

Pero su instinto le dijo que no lo estaba. Muy cerca de él, al otro lado de la mesa y de los muros de tinieblas, captaba una respiración, inquieta, anhelante, la respiración de alguien que se había dado cuenta de que él estaba allí, pero que sin embargo no chillaba. ¿Y por qué no? ¿Por qué no llenaba de gritos toda aquella cochina residencia, diciendo el clásico venid todos EL ASESINO ACABA DE ENTRAR?

Doyman lo recordó de repente, mientras sus facciones sufrían una crispación. Sí, claro... ¡Eso tenía que ser! Le habían hablado de que una de las alumnas era ciega; una tal Judith, la que estudiaba por el sistema Braille, la que podía ser una eminencia, pese a no haber visto, desde los diez años, nada que tuviera forma ni color. Ella tenía que estar allí. Tenía que estar oyendo su respiración... ¡Seguro que si extendía las manos podría palparlo!

Doyman apretó los labios en una mueca.

Había cometido un terrible error. Si llega a entrar en la habitación de cualquier otro de los residentes, le atrapan como a un imbécil. La policía estaba apenas a dos pasos, junto al agua de la bañera, y él no podía permitirse el lujo de fallar...

La voz femenina dijo quedamente, sin reflejar miedo:

—¿Quién acaba de entrar aquí? ¿Quién es usted?

Doyman retrocedió poco a poco.

No podía permitirse el lujo de atacar en aquellas condiciones, cuando había fallado la sorpresa. Buscó a tientas la puerta, la abrió y salió. Cuando estaba aún en el pasillo lateral, oyó de nuevo aquella voz inquieta: «¿PERO QUIEN ES USTED?».

Doyman avanzó como una sombra.

Sólo ella, la ciega, podía sospechar que el asesino estaba en la residencia, que podía seguir sus movimientos y casi sus palabras desde el sótano, sin necesidad de verlos, como si tuviera antenas de radar en el cerebro. Sólo la ciega podía significar un peligro, pero ahora Doyman no tenía que pensar en ella.

Fue palpando los tubos de la calefacción.

Sí, por allí venían los sonidos.

Aquélla era su guía.

En el sótano, desde los terminales de los tubos del agua, desde las tuberías de la calefacción, a través de los metales que perforaban las paredes, podía captar perfectamente, los mil sonidos de la casa. El que abre un grifo en el piso tercero, la chica que deja caer el agua del W. C. en su cuarto de baño del segundo piso, el que mientras escribe da golpecitos en el radiador de su cuarto, en la primera planta. Todo ese mundo que los demás ignoraban, pero en el que Doyman había penetrado profundamente, hasta la entraña, era su mundo negro.

Los meses en el pozo sin nombre de Sing Sing, por donde

pasaban tantas terminales y tantos tubos, unido a su profundo conocimiento de los horarios de la cárcel, habían hecho el milagro. Doyman había perdido, prácticamente, sus ojos, pero en cambio ganó unos oídos de rata.

Así había podido saber, por ejemplo, la muerte de su compañero Tyllman, porque desde el fondo de su pozo oyó la ronca sirena de la ambulancia vieja, la que solamente usaban para transportar muertos, y horas antes había dejado de captar los mensajes que, a través de los tubos de la calefacción, enviaba Tyllman a un preso del piso inferior con el que planeaba una fuga, sonidos que se transmitían hasta el pozo y que un ser normal no hubiera podido recoger, pero él sí... ¡él sí! Como había sabido que Sanders agonizaba en la enfermería porque golpeaba rítmicamente el tubo del agua que pasaba junto a su cama y se hundía en las profundidades de Sing Sing. Pero no golpeaba el tubo de cualquier manera, sino que trataba de reproducir en él la triste canción de despedida que habían inventado juntos; la amarga canción de la muerte, porque Sanders había sido médico en sus tiempos de buen chico, y no quería irse al otro barrio como una carroña amorfa con el número de Sing Sing; quería dejar algo que perdurase. Pero lo único perdurable había sido aquella especie de melodía pulsada a dedo y que solamente había recogido otra carroña como él, en el fondo del pozo del infierno.

Todo ése era el mundo de Doyman.

Pese a sus ojos que difícilmente podrían volver a ver... ¡él sabía!

Conociendo perfectamente los horarios y la distribución de las habitaciones, era capaz de repetir el milagro del pozo de Sin Sing. Era capaz de saber quién estaba arriba, quién estaba abajo, quién se bañaba, quién entraba y quién salía. También conocía el ruido peculiar de los pasos de cada uno, en especial el ruido de los pasos de las dos chicas.

Lástima haberse equivocado con la habitación de la ciega.

Eso le había hecho perder, por un momento, la confianza en sí mismo, pero se iba recuperando por minutos. Sabía que no podía fallar. ¡Que no iba a fallar!

Abrió la otra puerta.

Ni un sonido.

Ni un susurro.

La respiración tranquila del joven que se lavaba la cabeza, inclinado bajo el grifo. Era el sonido de ese grifo el que le había guiado. Doyman sabía que tenía que ser Allan. ¡Allan estaba allí!

Bruscamente le tocó el pelo bajo el agua.

El joven intentó volverse.

Un tirón. La mano derecha que se alza.

¡TLAC!

El estilete había penetrado en la nuca como una puntilla, haciendo brotar la sangre. El agua, que seguía manando, se empezó a teñir de rojo. Allan resbaló, poco a poco, mientras el asesino, aún le sostenía por el pelo. No quería dejarlo caer de golpe para que no hiciese ruido.

Lo depositó blandamente en el suelo y salió. Sabía que no había nadie más en aquel pasillo, que todos estaban cerca de la bañera mirando al primer muerto. Pero, no obstante, le pareció captar algo a través de las tinieblas que les envolvían a los dos. Su instinto se lo dijo.

Tenía que ser la ciega.

La ciega era la única capaz de seguir su pista.

La ciega era su enemiga.

Doyman pensó, de un modo febril, que lo más urgente era liquidarla, que tenía que hacerlo cuanto antes, porque solamente ella pertenecía a su mundo negro y podía descubrir sus secretos. Pero ahora no se atrevió a hacerlo porque la ciega no producía ningún ruido, ningún susurro. Diríase que ni tan sólo respiraba. Era una mancha en la oscuridad como él, entre el silencio del pasillo, pero en esa mancha podía estar la muerte para Doyman. Y él lo sabía.

Dobló el recodo del pasillo como una rata asustada, mientras su instinto le seguía diciendo que la ciega estaba cerca. Luego se coló en uno de los armarios empotrados que servía de guardarropa.

La ciega tenía prendas, allí. Quizá buscaría alguna.

Y entonces que Dios se apiadara de su alma, pero que se apiadara dos veces, porque los ciegos bien merecerían tener dos almas.

CAPÍTULO XII

Kennedy atravesó el jardín descuidado, recibió en la cara el aire gélido que parecía llegar de aquel lado de Central Park. Las luces mortecinas parpadeaban en sus ojos, mientras ascendía los peldaños que daban entrada a la residencia. El agente que estaba en la puerta ni siquiera le saludó al ver su cara de mala baba.

Parecían oírse susurros en todas partes.

Voces misteriosas.

Voces de muerte.

Kennedy se detuvo ante la bañera.

Sus ojos helados parecieron medir el cuerpo desnudo que ya se iba quedando yerto. Pareció notar la última mirada que se filtraba hacia su cara desde debajo del agua. Se volvió hacia los hombres que trabajaban en las huellas y susurró:

—¿Nada?

—Nada aún, inspector. Hay unas levísimas señales de agua dejadas por unas suelas de goma, pero no creo que sirvan para identificar a nadie. Lo único que se puede dar por seguro es que se trata de zapatos que no hacen ningún ruido al andar.

—¿Siguen alguna dirección?

—Sí, inspector.

—¿Cuál?

—Resulta difícil decirlo, pero parecen ir hacia los pies de la bañera. Luego vuelven. Van hacia el sitio desde donde se podía empujar la cabeza del chico bajo el agua.

Kennedy apretó los labios.

Sí, allí estaban las levísimas marcas que no servían para una identificación, pero al menos servían para marcar los pasos del asesino. Kennedy pensó que, poco antes, debían haber sido bastante

más visibles, lo cual le hacía pensar dos cosas: ¿no se había dado cuenta el asesino de que pisaba el agua despedida desde la bañera? ¿No había pensado, antes de huir, en secar con una toalla aquellas marcas? Sólo necesitaba emplear en eso unos segundos...

¿Es que no las había visto?

¿Tan distraído estaba?

Por otra parte, ¿por qué había dado aquel levísimo rodeo, yendo primero hacia un lado de la bañera y luego hacia el otro? ¿Es que en un golpe que ha de ser fulminantemente rápido, se puede uno permitir vacilaciones? O quizá... ¿era que el asesino se había guiado más por el sonido que por la vista?

Los párpados de Kennedy temblaron un momento.

No dijo una palabra.

Otro par de hombres de la Brigada de Homicidios se movían, como sombras, por allí, pero ninguno de ellos debía haber notado lo que notaba él. Kennedy sintió, por un instante, un principio de vértigo.

Salió de allí como una sombra.

Pero no fue por el pasillo principal, por el sitio donde debía estar todo el mundo, incluso el desconsolado Masterson cuya voz chillona podía oír a través de las paredes. Fue por el pasillo de servicio, el que daba a la parte trasera de las habitaciones, mientras captaba, solamente, el rumor de sus propios pasos y donde le parecía captar, también, el chirrido de sus propios pensamientos. Y entonces la vio.

Quieta en la esquina.

Como si acechara.

Pero más bien parecía, al mismo tiempo, un pajarillo asustado, una víctima indefensa que se hubiera de hundir, para siempre, en otra de las bañeras de la casa. Kennedy se detuvo y dejó de respirar mientras la veía atravesar una puerta, perderse en un rectángulo de luz, fundirse en el vacío. También, pegado a las paredes como una sombra, él se acercó.

Pudo ver la sencilla habitación de una estudiante.

Una cama. Una mesilla. Un armario. Una soga con libros. Unos estantes donde había muchos más libros, aún. Una alfombra y la chica sentada en ella, como si deseara que no la viesen.

Sus piernas abiertas.

Enseñándolo todo.

Braguitas color de rosa, magníficas piernas sonrosadas, medias finas, postura de revista porno que nunca tendría una estudiante de ciencias, si supiera que la están mirando. Y eso era lo que le pasaba a la chica: que no sabía que la estaban mirando.

La mirada de Kennedy era la de un águila.

Y se dio cuenta.

Casi la había olvidado, pero ahora la recordaba bien. Era Judith, la ciega, la gran amiga de Anna, violada y asesinada. La víctima más fácil que podía existir en la residencia. Judith, la ciega. Un cerebro privilegiado, un cuerpo de diosa y unos ojos inservibles. Lástima de destino, podrido destino, maldito destino.

Kennedy no sabía lo que le pasaba.

¿Era ternura?

¿Era compasión por aquellos ojos dulces que le miraban sin verle?

¿Era quizá que, de pronto, se estaba convirtiendo en un sentimental?

Ella tapó entonces sus piernas.

—Perdone —dijo—, no sabía que estaba aquí.

—Ya me he dado cuenta de que creía estar sola. ¿Me conoce?

—Sí. Usted es el inspector Kennedy, usted habló con nosotros después del asesinato de Anna. Se encarga de esto, pero hasta ahora no ha averiguado gran cosa.

Kennedy la ayudó a levantarse de la alfombra.

Su gesto fue dulce. Quizá por primera vez en su vida rozaba a una mujer sin pensar en sus muslos, en sus curvas, en la línea de su boca. Quizá por primera vez se olvidaba de lo bonita que Judith era, para pensar, solamente, en el peligro que ella corría.

—No gran cosa —reconoció—, pero los dos que hicieron lo que hicieron con Anna, ya están en el depósito de cadáveres.

Ella pestañeó. Sufrió una sacudida.

—No es para sentirlo —dijo, solamente, al cabo de unos instantes—. Que se pudran.

Y pareció captar el aliento cálido de Kennedy.

Su voz extrañamente suave.

—Sé algo más —dijo él—, pero no puedo explicártelo ahora. Algo que quizá tenga su lógica, después de todo. Y tú..., ¿qué has

estado pensando? ¿Tienes ya alguna idea de por qué a aquellos dos tipos les pagaron para que hicieran esa asquerosidad con Anna?

—¿Es que los pagaron?

—Sí.

—Dios mío...

—Ni Dios mío ni mandangas. No hacen falta exclamaciones, ahora Lo único que necesito es saber lo que hay en tu cabecita, saber lo que has pensado. Tú eras la mejor amiga de Anna, y al principio quizá no supiste nada, quizá no te diste cuenta de nada. Pero ahora, ¿qué? Ahora has estado pensando día y noche. ¿Y qué?

—Fue por algo que ella sabía —musitó la muchacha, con un hilo de voz.

—¿Sabía? ¿Qué sabía?

—El que pagó, piensa que pudo contárselo a otros y por eso estamos todos condenados a muerte. Todos iremos reventando, uno tras otro, entre estas paredes que yo ni siquiera puedo ver. Pero será por eso, estoy segura. Por eso.

—¿Eso? ¿Lo que ella sabía y pudo contar? ¿Qué es?

—Anna trabajaba en la historia de los últimos descubrimientos científicos en el campo de la física nuclear —dijo Judith con voz débil—. Era una de esas alumnas que, desde el principio, ya empiezan a preparar la que será su tesis doctoral. Había reunido documentos increíbles y recibido confidencias de gentes que estuvieron en los más altos laboratorios estatales en otro tiempo, en los lugares más secretos donde se trabajaba para el Pentágono. Ultimamente se han vendido al extranjero fórmulas por las que los servicios de espionaje hubieran pagado un millón de dólares, pero que algunas potencias árabes han recibido casi gratis. ¿Por qué? Muchas veces me lo he preguntado. Fórmulas militares, fórmulas industriales, fórmulas que pueden hundir la economía o el poderío de Occidente. Cosas por las que los rusos o los chinos pagarían mucho, por ejemplo. ¿Pero por qué esa cesión a los árabes, que apenas habrían pagado con unas cuantas invocaciones a Alá? Anna era una especie de topo, se metía en todas partes, lo investigaba todo, y gracias a su aspecto inocente las personas se sentían tentadas a hablar ante ella. ¿Supo algo? ¿Adivinó, quizá, que esas fórmulas que son vitales para este país habían sido cedidas a los únicos países verdaderamente reaccionarios, verdaderamente

fascistas que hay hoy en día? ¿A estados que, con su petróleo, ya tratan de dominar el mundo, pero que lo podrán dominar más fácilmente, y de un modo total, si disponen de las fórmulas militares e industriales de Occidente? Unos países que son enemigos de Rusia, que son enemigos de China, que son enemigos también de los Estados Unidos porque quieren que a ellos pase el cetro del dominio mundial. ¿Quién puede haberlos ayudado tan desinteresadamente? ¿Lo sabía Anna, tal vez? ¿Quizá pensó que era alguien de mentalidad fascista, pero que, además, odiaba a los Estados Unidos porque no habían querido reconocer sus méritos?

La voz de la muchacha se había ido haciendo corrosiva, amarga, lenta. Era como si hablase para ella misma, para sus solos pensamientos, pero Kennedy bebía cada una de aquellas silabas, las analizaba y las hacía concordar con sus propias ideas, con sus malditas teorías. Porque él también había pensado lo mismo, porque él también sentía en la espina dorsal la misma vibración helada.

—Gracias, pequeña —dijo, de pronto—. Creo que nunca he conocido una mujer como tú.

Y la besó, con suavidad, en los labios.

Con quietud.

Con un respeto que quizá no había sentido nunca.

Judith se estremeció levemente.

Notó que aquellas manos poderosas se iban de sus brazos.

Que se alejaba el aliento cálido.

—Tengo que ver otra vez el cadáver de Russell —dijo él—. Hay algo que aún no entiendo.

Y se alejó, poco a poco.

Sus pasos.

Su sombra fugitiva.

Y otra vez aquella sensación de soledad espantosa.

La muchacha gimió:

—¡Kennedy!

Silencio.

¿Pero es que se/puede tener miedo en una residencia donde hay otros compañeros, donde hay puertas que se abren y se cierran, timbres para llamar a la gente y, encima, policías que buscan huellas? ¿Quién podía atacarla, ahora? ¿Por qué? ¿Qué era lo que

había hecho que el miedo se posara en la espalda de Judith como una garra tría?

Volvió a captar el silencio en torno suyo. Sabía que estaba sola, desesperadamente sola.

Descolgó el teléfono para llamar.

Y entonces se dio cuenta de que lo habían desconectado. De que todo aquello duraría sólo unos minutos, pero, mientras tanto, a ella no podrían auxiliarla desde ninguna parte. De que el teléfono lo había desconectado alguien que... ¡que estaba allí!

Un aliento cálido se proyectó sobre su cara nuevamente.

CAPÍTULO XIII

Saltó hacia atrás mientras sus piernas vacilaban, mientras hacía un esfuerzo terrible para no caer, porque si caía estaba perdida. Aun así, sus piernas tropezaron con la cama, pero Judith dio una vuelta completa sobre ella y pasó al otro lado, mientras oía la respiración anhelante y los dedos temblorosos del ciego que rozaban las paredes. Fue entonces cuando se dio cuenta de cuál era la verdadera naturaleza de su enemigo, fue entonces cuando supo que aquélla iba a ser una especie de pelea de ratas en la que ninguno de los dos podía verse, pero en la que uno de los dos —sin duda ella— iba a morir.

También sus manos tantearon el aire.

Oía la respiración caliente, agitada, del otro.

También Doyman estaba tanteando, también había tendido las manos, en una de las cuales aún brillaba el estilete con el que había matado a Allan. De pronto, pareció recibir una descarga eléctrica a través del aire. Sus dedos habían rozado los de la muchacha.

¡La tenía allí!

¡Acorralada!

¡No iba a escapar!

Lanzó el estilete hacia la negrura que tenía enfrente.

¡Pero falló!

Ella tenía los sentidos aún más despiertos que los suyos y le adivinaba. Pudo esquivar pese a no saber dónde estaba el estilete. Saltó hacia la pared.

Y de pronto notó aquella figura que estaba detrás.

De pronto, sus brazos fueron apresados.

¡Alguien la estaba aferrando por la espalda!

¡Alguien se la estaba sirviendo, en bandeja, a la cuchilla del

verdugo!

Una fuerza hercúlea la empujó hacia adelante.

Sabía que, ahora, ya no iba a poder huir.

Y mientras una mano tapaba su boca para que no gritara, la voz de Masterson barbotó:

—¡Date prisa, Doyman! ¡Tienes que hacerlo ahora! ¡AHORA! ¡La casa se llenará de policías! ¡No pierdas un segundo! ¿Para qué crees que te pago, y encima, te ayudé a huir? ¡MUEVETE AHORA!

Doyman se movió.

Vaya si se movió...

Lanzó una risita tenue.

Movió el brazo como una catapulta.

Y clavó el estilete, hasta las cachas, en la carne tierna.

CAPÍTULO XIV

Masterson miró con asombro su propia sangre al saltar, bajó sus ojos de alucinado hacia el mango del estilete, sintió el dolor atravesándole las entrañas y entonces, sólo entonces, se dio cuenta de lo que significaba todo aquel horror. Sólo entonces se dio cuenta de que el ciego le apuñalaba otra vez, sin darse cuenta de que unos brazos hercúleos habían apartado a Judith en el último segundo, dejándole a él ante la lengua de acero. Sintió la segunda cuchillada en plena garganta y gimoteó como un cerdo degollado mientras intentaba sujetar la mano asesina Pero ya no le era posible. Presa de una furia satánica, convencido de estar ejecutando bien las órdenes recibidas, Doyman le apuñaló otra vez.

Pero el más confundido de todos fue el propio Doyman.

Masterson al menos, murió sabiendo lo que ocurría, pero Doyman no. Doyman sólo notó que lo levantaban a plomo, que lo hacían girar en el aire y lo arrojaban como un fardo contra la inmediata ventana que se rompió con estrépito. El aullido rasgó la noche mientras el cuerpo volaba, mientras la sombra negra trazaba un círculo en el aire y luego otro círculo —pero éste rojo— al estrellarse en el suelo, en las baldosas de piedra que rodeaban el edificio. Así, con los ojos perdidos, con la boca convertida en un siniestro manantial, Doyman quedó para siempre convertido en un muñeco negro y fétido.

Claro que, después de todo, no podía quejarse. Había muerto al aire libre y en uno de los mejores sitios de Nueva York. Las ráfagas frías de Central Park le daban directamente en la cara.

Kennedy sintió que la muchacha temblaba en sus brazos.

—¿De veras pensabas que te había dejado sola? —musitó él—. ¿No te has dado cuenta que sólo quería darles una ocasión para

atacar?

—Pe... pero han estado a punto de...

—Sí —dijo él, sintiendo un sudor frío, al pensar en lo que pudo pasar—. La verdad es que no estaba seguro de nada. Nunca había metido a una chica en un lío semejante.

—¿Y si llega a salir mal?

Kennedy musitó:

—Me hubiera casado contigo in artículo mortis, nena.

Sabía que era capaz.

El muy bestia.

Y sabía, también, que ante aquella chica sentía cosas que no había sentido nunca.

El muy condenado a perder su libertad.

Y sabía que le hubiera gustado besarla.

El muy lioso.

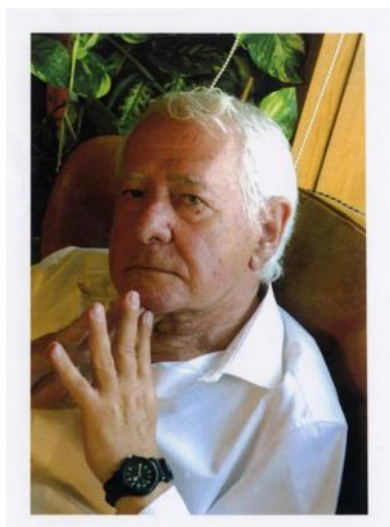
Pero los dedos ágiles de Judith ya le recorrían el rostro, ya le buscaban las facciones, ya le identificaban al tacto, con tanta agilidad como una mirada.

—Oye —musitó ella—, ¿sabes que te debes parecer a Robert Redford?

Kennedy sólo pudo balbucir:

—¡Atiza...!

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Pozos que existían en las antiguas prisiones de Francia, en las cuales el condenado a perpetuidad era metido y se le olvidaba. Regularmente recibía alimentos y agua por medio de una cuerda, pero jamás volvía a salir de allí. Generalmente enloquecía al poco tiempo, y en uno o dos años solía morir. Los peores criminales, cuando se les hablaba de ese tipo de condena, preferían la horca o la rueda, pues la guillotina, que se puede considerar un sistema de muerte humanitario porque no causa dolor, aún no se usaba. (N. del E.). < <

[2] Los datos sobre el senador McCarthy son históricos. (N. del E.).
< <